

APOSTILLAS SOBRE LA LEYENDA DEL “CARBUNCLO”

Y EL SÍMIL OBSCURO DE LA *SOLEDAD I*, 64-83

Sigmund Méndez

(Universidad de Salamanca)

El pasaje controversial es bien conocido. A inicios de la *Soledad* primera, el náufrago innominado se recobra en las arenas ignotas; asciende trabajosamente la cuesta abrupta y se adentra por parajes agrestes mientras señorea la noche. En esa obscuridad, una luz repentina le sirve de faro para dar dirección a sus pasos. Entonces, el poeta introduce el discutido símil:

Y recelando
de invidiosa bárbara arboleda
interposición, cuando
de vientos no conjuración alguna,
cual, haciendo el villano
la fragosa montaña fácil llano,
atento sigue aquella
(aun a pesar de las tinieblas bella,
aun a pesar de las estrellas clara)
piedra, indigna tiara

(si tradición apócrifa no miente)
de animal tenebroso, cuya frente
carro es brillante de nocturno día:
tal, diligente, el paso
el joven apresura,
midiendo la espesura
con igual pie que el raso,
fijo (a despecho de la niebla fría)
en el carbunclo, Norte de su aguja
o el Austro brame o la arboleda cruja.¹ (64-83).

Cualquier prudente lector, creyendo insatisfactorias las propuestas en torno al “animal tenebroso” intentadas por la crítica, podría suponer aún pendiente la positiva dilucidación de este texto, que ha llegado a reputarse el más oscuro de las *Soledades*. Durante cuatro siglos, los comentaristas buscaron, al parecer con mucho menos fortuna que el peregrino, seguir la luz “carbuncular” del poeta, dominando las “interposiciones” y los desviados soplos de inspiración y, aun puestos sobre la pista correcta, han malogrado la demanda del animal esquivo. Esto ha expuesto de modo reciente, glosando la fatuidad y la algarabía de tantos y tan perplejos lectores, el profesor Ignacio Arellano, quien declara el fin de esa larga caza colectiva mostrando la presa. El perfil conseguido de la enigmática criatura es concluyente y prolíjo, según exhibe su develación triunfal:

¹ Luis de Góngora, *Soledades*, ed. Robert Jammes, Madrid, Castalia, 1994, págs. 211-215.

Es hora de presentar a este animal tan problemático, que no es dragón, ni áspid, ni lobo, ni perro, ni osa, ni tigre, ni ciervo, ni lince, ni luciérnaga, ni desdeñosa amada ausente. Que es exactamente el carbunclo o carbunco, nombre que comparte con la piedra preciosa que lo caracteriza. [...]

El carbunclo es un animal —fantástico, por supuesto— que se puede documentar suficientemente —aunque no de modo sistemático ni abrumador— en los textos del Siglo de Oro y que responde exactamente a la forma en que Góngora lo presenta en la *Soledad primera*.

Según la mayoría de los textos áureos que enseguida glosaré, es un animal nocturno, cuadrúpedo, herbívoro, que tiene un carbunclo en la frente, el cual brilla en la oscuridad de la noche, y cuyo fulgor puede ocultar echando sobre él un sobrecejo o párpado que tapa o muestra la luz según le conviene. Cuando se ve perseguido o se asusta, cierra el párpado y desaparece en lo oscuro.²

Con ejemplos desde su aparición en Fernández de Oviedo a las objeciones del padre Feijoo, añadiendo —más cuantiosamente— sus prolongaciones hispanoamericanas ulteriores, dicha investigación alcanza el substancial objetivo de documentar aspectos fundamentales de la “tradición apócrifa” del “carbunclo”; los especialistas y los aficionados a la poesía del

² Ignacio Arellano, “Un pasaje oscuro de Góngora aclarado: el animal tenebroso de la *Soledad primera* (vv. 64-83)”, *Criticón*, 120-121 (2014), págs. 201-233 (§ 48-50). [Texto electrónico: <http://criticon.revues.org/901>]. [Consulta: 17 de junio de 2015].

gran cordobés podemos respirar con alivio: caso resuelto. Con todo, indagando los poemas gongorinos siempre cabe la paciencia para reexaminar despacio sus cuestiones más problemáticas. Añadir algunas apostillas sobre el tema puede no ser baladí, si se ofrecen datos complementarios a esta curiosa aportación española a la zoología fantástica en el horizonte renacentista-barroco y, sobre todo, respecto de su ápice literario en las *Soledades*.

Para quienes no hayan seguido la reconstrucción de Arellano, la llaneza de la ficha de bestiario que perfila sobre el “carbunclo” puede resultar ilusoria. Sin embargo, los largos tanteos de la crítica no constituyen una mera suma de concatenadas inepcias. Los impedimentos son notorios y justificados. En primer término, el modo alusivo y elusivo del poeta, que echa mano de escasos rasgos caracterizadores de un animal particular y evade de hecho nombrarlo, pues la palabra “carbunclo” en el verso 82 es sólo una mención indirecta que en realidad nombra otra cosa. En segundo lugar, la supuesta criatura que habría de recibir, por un equívoco originario, esa designación no supone ni con mucho una materia común ni de claros contornos en el acervo documental de la época. No lo fue al menos para la mayor parte de los tratadistas enciclopédicos o doctos naturalistas, y es casi inútil buscarlo en las obras al uso. Si es por entero desconocida en los libros antiguos y medievales, si no la clasificaron Wotton, Gessner ni —en rigor— Aldrovandi, no es extraño que no haya hecho referencia zoológica alguna Gaspar de Morales,³ ni que omitieran al animal Vélez de Arciniega⁴ o

³ Vid. Gaspar de Morales, *Libro de las virtudes y propiedades maravillosas de las piedras preciosas*, Madrid, Luis Sánchez, 1605, fols. 132v-[137]r (II, 14: “Del Carbunclo”). Menos figuraba por supuesto en otros manuales europeos; por ejemplo, no relacionan directamente a la piedra con animal alguno Christophorus Encelius, *De re metallicâ*, Frankfurt am Main, Christianus Egenolphus, [1551], págs. 250-252 (III, LX:

Gerónimo Cortés,⁵ ni que décadas más tarde, y pese al cierto material disponible para ello, dejara de moralizar a tal propósito Andrés de Valdecebro.⁶ Entender por “*carbunculus*” un animal era fuera de España imposible, y aun en ella poco frecuente, por lo que podría a los ojos de cualquier hombre culto del Renacimiento un dislate y una elemental violación a la lógica: “Nullum animal est lapis, ergo nullus Carbunculus est animal”.⁷

Ante los velados indicios y los visibles escollos, los comentaristas antiguos y modernos han optado consecuentemente por recurrir a más sólidas y difundidas noticias que coinciden y se separan, sin embargo, en encrucijadas de múltiples sendas. De modo raigal se encuentran dos problemas entrelazados: la piedra carbúnculo y el animal que la porta, uno de ciencia lapidaria y otro de los bestiarios, ambos, y a veces casi en igual medida, de naturaleza fantástica. Por una parte, el “carbunco” o “carbunclo” (según las formas empleadas en castellano) corresponde de modo básico al *carbunculus*, una piedra preciosa real por cuanto era relacionada con varios tipos bien conocidos (doce solían enlistar los viejos tratadistas), sobre todo el rubí y el granate, y aun, usándose como nombre genérico de todas las piedras

“De carbunculo”); Lodovico Dolce, *Libri tre... ne i quali si tratta delle diverse sorti delle Gemme, che produce la Natura*, Venecia, Giovan Battista, Marchio Sessa et Fratelli, 1565, fol. 35r-v (II, s.v. “Carbonchio”); Rémy Belleau, *Les Amours et nouveaux eschanges des pierres précieuses: vertus & proprietez d'icelles*, París, Mamert Patisson, 1576, fols. 22r-24v (“Le rubis”); Andrea Bacci, *Le XII. pietre pretiose*, Roma, Bartolomeo Grassi, 1587, págs. 10-11 (III: “Del carbonchio”); etcétera.

⁴ Francisco Vélez de Arciniega, *Historia de los animales más recibidos en el uso de Medicina*, Madrid, Imprenta Real, 1613.

⁵ Gerónimo Cortés, *Libro, y tratado de los animales terrestres, y volátiles, con la historia, y propiedades dellos*, Valencia, Juan Chrysóstomo Garriz, 1615.

⁶ Andrés de Valdecebro, *Gobierno general, moral y político hallado en las fieras y animales silvestres*, Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1658.

⁷ Vincentius Justinianus Antistius, *Commentaria in universam logicam*, Venecia, Franciscus Zilettus, 1582, pág. 201 (V, 16).

preciosas destacadas por su color rojo y su transparencia (hay lugar a la ambigüedad, pues también se les atribuyó un blanco fulgor, manchas o vetas blancas o doradas⁸ y el granate tiene de hecho otras tonalidades, sin contar que la literatura franquea con facilidad limitaciones cromáticas; a fines del XIX, Conan Doyle pudo soñar “The Adventure of the Blue Carbuncle”). Pero esta descripción natural se expande y transfigura en otra urdimbre fingida; puesto que reinaba entre los *lapides igniti*,⁹ las “piedras incandescentes”, la imaginación tendió con facilidad a interpretar a la letra el nombre (*carbunculus* = “pequeño carbón” encendido) convirtiendo así la cualidad reflejante, refractante y aun fosforescente de la piedra preciosa en una misteriosa y formidable fuente de luz. En un difundido tratado medieval en verso, el *De lapidibus* de Marbodo de Rennes (fines del siglo XI), se asumía como constitutiva esa condición hiperbólica:

Ardentes gemmas superat, carbunculus omnes,
 Nam velut ignitus radios jacit undique carbo,
 Nominis unde sui causam traxisse videtur.
 Sed graeca lingua lapis idem dicitur anthrax
 Hujus nec tenebrae possunt extinguere lucem,
 Quin flammas vibrans, oculis micet aspicientum.
 Nascitur in Lybia Tragoditarum regione,

⁸ Plinio, *Naturalis historia* XXXVII, xxv, 94, 96-97; xxvii, 99; xxviii, 100.

⁹ “Principatum habent carbunculi a similitudine ignium appellati” (Plinio, *Naturalis historia* XXXVII, xxv, 92).

Et species eius ter ternae, tresque feruntur.¹⁰

(*De lapidibus*, XXIII [“De carbunculo”], 341-348)

Luego, fue tópico asumir que “luce en las tinieblas como un carbón”,¹¹ e “ilumina las tinieblas de la noche”,¹² brillando figuradamente al modo de una vela o la roja ascua avivada en un horno, según lo describe Belleau:

L’Escarboucle est cil qui se vante
 Sur le Rubis plus excellant,
 Soit Indois, ou soit Garamanthe,
 Pour son feu vivement brillant,
 Qui rayonne & vif estincelle,
 Ainsi que fait une chandelle
 Par les tenebres de la Nuit,
 Ou comme au vent d’une fournaise
 On voit rougir entre la braise

¹⁰ Marbodo de Rennes, *Marbode of Rennes’ (1035-1123) De lapidibus*, ed. John M. Riddle, Wiesbaden, Franz Steiner, 1977, pág. 62.

¹¹ “CARBUNCULUS qui Græce *anthrax*, et a nonnullis *rubinus* vocatur, lapis perlucidissimus et rubicundissimus et solidus est, habens se ad alias lapides sicut habet aurum ad cætera metalla [...] et quando vere bonus est, lucet in tenebris sicut carbo, et talem vidi ego” (*Mineralia* II, II, III). San Alberto Magno, *Opera Omnia*, vol. V, ed. Augustus Borgnet, París, Ludovicus Vivès, 1890, pág. 32b.

¹² “Carbunculus est lapis ignei coloris, qui noctis tenebras illustrat”. Pedro Abelardo, *Expositio in Hexaemeron*, “De sexta die”, “Allegoria”, *PL CLXXVIII*, col. 778D.

Le charbon blüettant qui luit.¹³

La falta de evidencia directa para la mayoría de quienes la mencionan, y el origen remoto que se le atribuye (la India o África) facilitan sus resplandores ficticios, aunque también se contaban testimonios empíricos difícilmente apelables, como el de san Alberto Magno. En cualquier caso, el peso de las *uctoritates* era suficiente para imponerse sobre la ausencia de pruebas, y aun en el Barroco un erudito como Vossius aceptaba su existencia por los ejemplos dignos de fe que la acreditaban.¹⁴

El segundo elemento es con diferencia el más enigmático: un animal que lleva en su cabeza, como en una corona, una piedra preciosa resplandeciente. Contra lo que pudiera creerse, la imaginación antigua y medieval no fue avara en modelar criaturas que, en mayor o menor medida, pueden cubrir tal requisito,¹⁵ y a varias de ellas ha apelado la crítica para solventar el enigma. Ya Salcedo Coronel recordaba la “*Dragonites*”,¹⁶ indicio que modernamente le ha parecido el más plausible al gran gongorista Antonio Carreira.¹⁷ En efecto, la *dracontia*, *dracontias* o *draconitis* se suponía en la cabeza del dragón; es acaso la más antigua y socorrida de las piedras halladas en animales y, probablemente, el origen de muchas otras leyendas. Las referencias disponibles comprenden la dualidad del griego δράκων,

¹³ Belleau, *op. cit.*, fol. 22v.

¹⁴ *Vid.* Gerardus Ioannes Vossius, *De theologia gentili, et physiologia christiana*, vol. II, Ámsterdam, Ioannes Blaeu, 1668, pág. 113b (VI, VII).

¹⁵ Véase, como un buen cuadro panorámico, el capítulo “*De lapidibus qui reperiuntur in animalibus*” (VI, XVII) en la misma obra de Vossius, *op. cit.*, págs. 124a-126b.

¹⁶ García de Salcedo Coronel, *Soledades de D. Luis de Góngora. Comentadas*, Madrid, Imprenta Real, 1636, fol. 29r.

¹⁷ Luis de Góngora, *Antología poética*, ed. Antonio Carreira, Barcelona, Crítica, 2009, pág. 416, n. *ad v.* 76.

dragón o serpiente. Acaso la más temprana que se conserva es la de un epigrama en los *Lithica* de Posidipo (siglo III a. C.), donde se elogia el finísimo trabajo artesanal de un carro grabado en una piedra, a la que se atribuye esa insólita procedencia:

οὐ ποταμὸς κελάδων ἐπὶ χείλεσιν ἀλλὰ δράκοντος
εἶχε ποτ’ εὐπώγων τόνδε λίθον κεφαλή

πυκνὰ φαληριώντα [...]. (Posidipo de Pela, 15, 1-3, ed. Bastiniani [Gow-Page 20]; *Papiri Milanesi Vogliano* VIII, 309, cols. II, 39-III, 7 = Tzetzes, *Chiliades* VII, 653-660).

[No un río, resonante en su orilla, sino de una serpiente

bien barbada alguna vez la cabeza llevaba la piedra,
densamente salpicada de albo].

Su descripción técnica más difundida aparece en Plinio; el enciclopedista romano recoge datos del tratado lapidario de Sótaco (siglo III a. C.), consignando algunos pormenores sobre lo preciado de la piedra, la necesidad de ser extraída del animal vivo y las estratagemas para obtenerla:

draconitis sive dracontias e cerebro fit draconum, sed nisi viventibus absciso capite non gemmescit invidia animalis mori se sentientis. igitur dormientibus amputant. Sotacus, qui visam eam gemmam sibi apud regem scripsit, bigis vehi querentes tradit et viso dracone spargere somni medicamenta atque ita sopiti

praecidere. esse candore tralucido, nec postea poliri aut artem admittere. (Plinio, *Naturalis historia* XXXVII, LIV, 158).

Según esto, en ella era impracticable el trabajo de joyería (Posidipo ignoraba la proscripción, o acaso deseó aprovecharla para extremar la materia de su epigrama). Posteriormente, la información provista por Sótaco la registrará con más detalle Solino, indicando su origen etiópico.¹⁸ Con base en noticias similares, pero más pormenorizado aún, es el tratamiento de Flavio Filóstrato;¹⁹ vale la pena transcribir los datos más relevantes que ofrece sobre los remotos dragones, propios esta vez de la India:

Los que están al pie de las montañas y también las colinas se lanzan por los llanos para cazar [...] y se mueven más veloces que los más rápidos ríos y nada se les escapa. Y a éstos les nace una cresta que cuando jóvenes se mantiene mediana, pero llegados a la madurez crece y se alza mucho, cuando también se tornan color de fuego y con dorsos serrados. Estos mismos también se vuelven barbudos, alzan arriba el cuello y brillan sus escamas a manera de plata; y las pupilas de los ojos es piedra inflamada [αἱ δὲ τῶν

¹⁸ “exciditur e cerebris draconum dracontia lapis, sed lapis non est nisi detrahatur viventibus; nam si obeat prius serpens, cum anima simul evanescit duritie soluta. usu eius Orientis reges praecipue gloriantur, quamquam nullum lenocinium artis admittat soliditate et quicquid in eo nobile est, non manus faciant nec alterius quam naturae candor sit quo reluceat. auctor Sotacus gemmam hanc etiam visam sibi scribit et quibus intercipiatur modis edocet. praestantissimi audacia viri explorant anguum foveas et receptus: inde praestolati ad pastum exeentes praetervectique percitis cursibus, obiciunt gramina medicata quantum potest ad incitandum soporem: ita somno sopitis capita desecant et de manubiis praecipitis ausi praedam revehunt temeritatis” (Solino, *De mirabilibus mundi* 30, 16-18)

¹⁹ Ya anotado por Carreira, Góngora, *Antología*, pág. 416, n. ad v. 76.

όφθαλμῶν κόραι λίθος ἐστὶ διάπυρος], y dicen de ellas que tienen poder extraordinario para muchas cosas secretas [...] Y la ganancia para quienes atrapan dragones son los ojos, la piel y los dientes [...]

Por su parte, los dragones de montaña lucen escamas doradas, y largura mayor a los llaneros, la barba de estos mismos es rizada y también dorada, y tienen bajo marcado ceño, más que los llaneros, el ojo hundido en la ceja que mira terrible y feroz [...] y de sus crestas, que son rojo ígneo, emite fuego mayor que el de una antorcha [ἀπὸ δὲ τῶν λόφων πυρσῶν ὄντων πῦρ αὐτοῖς ἄττει λαμπαδίου πλέον]. Estos también atrapan a los elefantes, pero ellos mismos son capturados por los indios: teniendo entrelazados áureos signos a un manto escarlata lo colocan para inducir sueño en su agujero, favoreciendo con encantamientos los signos, con lo cual vence sus ojos el dragón, que son inexorables, y mucho de indecible sabiduría en eso se oculta; por ellos se induce así que sacando el cuello fuera de su agujero caiga dormido por los signos; viniendo entonces los indios sobre el yacente dejan caer sus hachas, y cortando su cabeza toman como botín las piedras en ella. Pues dicen que se resguardan en las cabezas de los dragones de montaña piedras en su forma florecientes y que brillan con todos los colores [ἀποκεῖσθαι δέ φασιν ἐν ταῖς τῶν ὄρεισιν δρακόντων κεφαλαῖς λίθους τὸ μὲν εἶδος ἀνθηράς καὶ πάντα ἀπανγαζούσας χρώματα], y con la fuerza para cosas secretas como las del anillo que dicen que ha sido poseído por Giges. (*Vita Apolonii* III, 7-8).

El cuadro abunda en pormenores sugestivos; los ojos son piedras ígneas y sus crestas también emiten fuego mayor a una tea; las piedras de su cabeza son multicolores y se obtienen, según lo contado por Sótaco, del animal dormido a través de magia. Tal vez la cresta —púrpura sanguinolenta o resplandeciente— adjudicada largamente por la literatura a serpientes y dragones contribuyó a enriquecer atribuciones sobre elementos rojos y lumínicos en su cabeza.²⁰ Por lo que respecta a sus cualidades cromáticas, las antiguas versiones las describen policromas; en el tardío *Lapidario de Sócrates y Dionisio*, se dice que tienen tres colores.²¹ En la Edad Media se conocieron algunas de estas noticias, en particular, a través de san Isidoro.²² Fue entonces cuando llegó a igualárselas con el *carbunculus*:

Draconitides ço est un nom
 De pere qui vient de dragon
 Draconitides est nomee
 Pur le dragon dunt est trovee;

²⁰ Eurípides, *Phoenissae* 820; Virgilio, *Aeneis* II, 206-207 (“iubaeque / sanguineae”); Valerio Flaco, *Argonautica* VIII, 60-61 (“ipsius en oculos et lumina torva draconis / aspicis; ille suis haec vibrat fulgura cristis”); Estacio, *Thebais* V, 510-511 (“et auratae crudelis gloria frontis / prominet”).

²¹ Λίθος δρακοντίτης [...] ἐκ ζῶντος λαμβάνεται· ἔστι [...] ἐπιμήκης τελούμενος ζώναις τρισί, πορφυρᾷ, ὑακινθίνῃ καὶ λευκίνῃ· ἔμπνους δέ ἔστι κινούμενος, χρήσιμος πρὸς ἀμαύρωσιν (*Socratis et Dionysii lithica* 49; “Piedra draconites [...] se toma del animal vivo: es [...] alargada compuesta de tres bandas: púrpura, jacintina y blanca; y es animada agitándola, útil para la agudeza visual disminuida”).

²² “Dracontites ex cerebro draconis eruitur. Quae nisi viventi abscisa fuerit, non ingemmescit; unde et eam magi dormientibus draconibus amputant. Audaces enim viri explorant draconum specus, spargunt ibi gramina medicata ad incitandum draconum soporem, atque ita somno sopitis capita desecant et gemmas detrahunt. Sunt autem candore translucido. Vsu earum orientis reges praecepit gloriantur” (san Isidoro, *Etymologiae* XVI, XIV, 7).

Escharboucle ad nom en franceis,
 Pur sa clarté l'aiment li rais.
 Enchanteürs, par lur reisuns,
 Issi enchantent les draguns,
 Que il les funt ben endormir,
 Puis lur vunt lur testes tolir.²³ (753-762).

Parece probable que la identificación derive de hacer coincidir al animal más extraordinario con la más extraordinaria de las piedras. Pasó de cierto a formar parte de las descripciones medievales de la leyenda; por ejemplo —recordado ya por Carreira—,²⁴ lo anotado en el siglo XIV por el dominico Jordanus Catalani de Sévérac, el primer obispo en Kollan, en la costa occidental de la India; su versión difiere de los relatos antiguos en el modo de adquisición del carbúnculo (rescatado del animal muerto), y ubica al dragón en una indefinida región tercera de la India, limítrofe con Etiopía, donde las recibe como regalo su emperador, el legendario Preste Juan.²⁵

²³ Philippe de Thaon (atrib.), *Lapidaire alphabétique*, en Paul Studer y Joan Evans, eds., *Anglo-Norman Lapidaries*, París, Édouard Champion, 1924, pág. 229. “[...] carbunculus nobilissimus generatur in fronte draconis” (*De universo* II, III, xxi): Guillaume d’Auvergne, *Opera omnia*, Venecia, Damianus Zenarus, 1591, col. 997Db.

²⁴ Antonio Carreira, *Gongoresas*, Barcelona, Península, 1998, pág. 70 y n. 27; y Carreira, Góngora, *Antología*, pág. 416, n. *ad v.* 76.

²⁵ “De Tertiâ autem Indiâ dicam: quòd non vidi, eò quòd ibi non fui, verùm, à fide dignis audivi, mirabilia multa; nam ibi sunt dracones in quantitate maximâ, qui super caput portant lapides lucentes, qui carbunculi vocantur. Ista animalia jacent super arenas aureas, et crescunt nimis, et projiciunt de ore anhelitum fœtidissimum et infectum adinstar fumi grossissimi cùm exit de igne. Ista animalia convenient ad tempus destinatum, alas faciunt, et incipiunt se elevare in aere; et tunc, judicio Dei, cùm sint ponderosa, cadunt in flumine quodam quod exit de Paradiso, et ibi moriuntur. // Omnes autem regiones semper observant tempus draconum, et cùm vident quòd aliquis cecidit, expectant per dies LXX, et tunc descendunt, et inveniunt

Los aditamentos fabulosos siguieron adosándose al original modelo menor, las serpientes; por ello quizás, con probable filiación común, se le atribuyó al áspid.²⁶ Hay igualmente otras piedras de origen animal estimadas por sus cualidades médicas o formales. Cabría señalar al sapo, que con menos lucimiento llevaba el *borax*, según recuerda aún Shakespeare.²⁷ Entre los cuadrúpedos, se ha propuesto al *lyncurius*, de la orina del lince, con propiedades afines al carbúnculo.²⁸ Otra opción, sugerida para el pasaje de la *Soledad primera* por Spitzer,²⁹ es la tigresa de *Le Roman de Thèbes* (ca. 1150):

ossa draconis carnibus denudata, et accipiunt carbunculum quod est in osse capitis radicatum, et portant eum ad imperatorem Æthiopum quem vos vocatis Prestre Johan". Jordanus Catalani de Séverac, *Mirabilia descripta per fratrem Jordanum*, en *Recueil de voyages et de mémoires, publié par la Société de Géographie*, vol. IV, París, Arthus-Bertrand, 1839, págs. 55-56.

²⁶ "Dicunt etiam aspidem aliquando in fronte gestare lapidem pretiosum" (*De animalium* XXV, 11). San Alberto Magno, *Opera Omnia*, vol. XII, ed. Augustus Borgnet, París, Ludovicus Vivès, 1891, págs. 548b-549a. La piedra y los encantamientos para obtenerla parece habérselos transferido la leyenda del dragón, si bien se le supusieron al áspid medios para burlar la magia: "& sachés que aspide porte en sa teste la très luisans & la presieuse pierre que [l'en] clame charboncle; & quant li enchanteor que li veut hoster la pierre dit ses paroles, & maintenant que la fiere beste s'en aperçuit, fiche l'une de ses oreilles dedens terre & l'autre cloit de sa coe, & en ce mainiere elle devient sorde, et nen oit les paroles des conjurans" (I, 138, 2). Brunetto Latini, *Li Livres dou Tresor*, ed. Spurgeon Baldwin y Paul Barrette, Tempe, Arizona, Arizona Center for Medieval and Renaissance Studies, 2003, pág. 114.

²⁷ "BORAX, ut quidam dicunt, lapis est qui ita dicitur a buffone, quod in capite ipsum portat" (*Mineralia* II, II). San Alberto 1890, V, 32a. *Vid. Julius Caesar Scaliger, Exotericarum exercitationum liber quintus decimus, De Subtilitate ad Hieronymum Cardanum*, París, Michael Vascosanus, 1557, fol. 182r-v (CXXIII). Shakespeare: "the toad, ugly and venomous, / Wears yet a precious jewel in his head" (*As You Like It* II, I, 13-14). William Shakespeare, *The Complete Works (Compact Edition)*, eds. Stanley Wells y Gary Taylor, Oxford, Clarendon, 1990, pág. 634a.

²⁸ "lyncum umor ita redditus, ubi gignuntur, glaciatur arescitve in gemmas carbunculis similes et igneo colore fulgentes, lyncurium vocatas" (Plinio, *Naturalis historia* VIII, LVII, 137).

²⁹ Leo Spitzer, "La *Soledad primera* de Góngora. Notas críticas y explicativas a la nueva edición de Dámaso Alonso", *Revista de Filología Hispánica*, II (1940), págs. 155-156.

“Ele avoit enz u front devant / unne escharboucle mout luisant”³⁰ (vv. 4523-4524). Como señalaba Faral, la gema es un añadido del poema medieval francés que no aparece en la fuente latina (Estacio, *Thebaïs* VII, 564 y ss.); el dato lo vinculaba, de modo un tanto dilatado, con el detalle ornamental del ciervo de Cipariso: “bulla super frontem parvis argentea loris / vincta movebatur” (*Metamorphoses* X, 114-115);³¹ lo más verosímil es que el autor de *Le Roman de Thèbes* haya querido encarecer el pasaje, pensando acaso en el dragón, haciendo portar a la tigresa la piedra más rara y preciada.

Puede añadirse otro candidato más inesperado pero no menos ilustre: el unicornio. Su mención no es ociosa si ayuda a exponer algunos procedimientos de la imaginación antigua y medieval para modelar misteriosas criaturas. Como base de esta adición a su rica leyenda, se encuentran las indicaciones sobre el “rinoceronte” (su identidad con el unicornio fue largamente asumida aunque también cuestionada) en la miscelánea mágico-hermética de las *Cyranides* (compiladas en el siglo IV d. C.):

Τινόκερως, λίθος ὃς ἐστιν ἀπὸ τοῦ ἄκρου τῆς ρινὸς τοῦ
ρινοκέρωτος· ἔστι δὲ κερατοειδής.

(I, □ , 5)

Τινόκερώς ἐστι ζῶν τετράπονν παραπλήσιον ἐλάφου, ἐν
κέρας ἔχον κατὰ τῆς ρινὸς μέγιστον [...] Τούτου ὁ

³⁰ *Le Roman de Thèbes*, ed. Aimé Petit, París, Honoré Champion, 2008, pág. 310.

³¹ Edmond Faral, *Recherches sur les sources latines des contes et romans courtois du Moyen Âge*, París, Honoré Champion, 1913, pág. 69.

εύρισκόμενος ἔνδον τῆς ρινὸς ἢ τοῦ κέρατος λίθος <καὶ>
φορούμενος δαιμονας ἀποδιώκει.³² (II, □, 1-2).

[Rinoceronte, esta piedra está en la punta de la nariz del rinoceronte; y es similar al cuerno [...]

El rinoceronte es un animal cuadrúpedo semejante al ciervo, que tiene un gran cuerno sobre la nariz... La piedra de él se encuentra dentro de la nariz o del cuerno y portándola ahuyenta a los demonios].

Es interesante notar la primera confusión —que podría especularse como fuente de muchos equívocos similares—, entre la propia piedra y el mítico cuerno; en el segundo libro se asume un claro discriminio entre los dos, ubicando aquélla internamente. Como curiosidad añadida, el unicornio es comparado con el ciervo, animal cuadrúpedo, herbívoro y veloz, características a veces atribuidas al “carbunclo” español. Pero la identificación de la piedra con el carbúnculo ocurre mucho después, en un texto alemán del siglo XII, *Das Alexanderlied* de Pfaffe Lamprecht; lo menciona en el poema Alejandro como un regalo de Candace, reina de Meroe (el reino meroítico o de Kush, en Nubia, a veces relacionada con “la reina de los etíopes” [Hechos VIII, 27]):

Die so reiche Königin
Sandte ausser diesem mir
Ein herrliches und edles Tier,

³² *Les Lapidaires de l'Antiquité et du Moyen Âge*, vol. II, 1: *Les Lapidaires Grecs. Texte*, ed. F. de Mély y M. Ch.-Ém. Ruelle, París, Ernest Leroux, 1898, págs. 36 y 71.

Welches den Karfunkel hegt
 Und welches vor die Magd sich legt.
 Monoskeros ist es genannt.
 Es ist gar selten dort zu Land.
 Nicht gewinnt man es durch Jagd:
 Man fängt es nur mit einer Magd.
 Sein Gehörn ist fürchterlich:
 Nichts besteht vor dessen Stich.³³ (5430-5440)

Otra descripción, de fines del mismo siglo XII, ofrece el *Lucidarius*, en la sección correspondiente a la parte asiática del mundo (la India):

Jn dem □ elben lande □ t ein tier, daʒ heiȝet Monoceroȝ. Daʒ
 □ t ge□ chaffen nach eime ro□□ e, daʒ hovbet nach eime hirȝe, die
 f□ȝe nach eime helfentiere, der ȝagil al□ eime □ wine. Daʒ hat
 nuwen ein horn. Daʒ □ t wol vier elen lanc vnde □ t □ chœne al□
 ein karfunkel □ tein vnde □ nidet al□ ein □ char□ ach. Daʒ □ elbe
 tier □ t fre□ lich. Swaȝ ime begegint, daʒ er□ leht eȝ mit dem
 horne.³⁴

³³ Pfaffe Lamprecht, *Das Alexanderlied*, ed. Richard Eduard Ottmann, Halle a. d. S., Otto Hendel, [1899], pág. 192. [Esta magnífica reina / También envió para mí / Noble animal exquisito / Que es portador del carbunclo / Y a la doncella se rinde. / Éste es llamado unicornio. / Muy escaso es en la tierra. / Nunca lo vence la caza. / La doncella es quien lo atrapa. / Pero temible es su cuerno: / Nada resiste su punta].

³⁴ *Der deutsche "Lucidarius"*, vol. I: *Kritischer Text nach den Handschriften*, eds. Dagmar Gottschall y Georg Steer, Tubinga, Max Niemeyer, 1994, pág. 28. [En la misma tierra hay un animal que se llama unicornio. Éste crece similar a un caballo, la cabeza

Aquí la piedra y el cuerno vuelven a coincidir pero sólo a través de un símil añadido por el autor, quien ha buscado enaltecer su fuente latina (que dice sólo sobre el cuerno: “splendenti et mire acuto”).³⁵ En el posterior *Parzival* de Wolfram von Eschenbach se recupera la efectiva presencia del carbúnculo en la cabeza del unicornio, destacando sus supuestas cualidades medicinales (para el caso que narra, infructuosas).³⁶ Estos tres ejemplos se acercan entre sí por el medio cultural y la no muy distante cronología; obedecen también al mismo procedimiento intensificativo de los relatos de maravillas: el raro unicornio debe ser adornado por la más rara piedra o su cuerno debe ser comparable a ella. Es verosímil que el vínculo lo haya facilitado la cualidad cromática del cuerno, cuya parte más característica, según la más antigua descripción, era púrpura; desde el principio se

similar a un ciervo, las patas similares al elefante, el rabo como de un cerdo. Tiene sólo un cuerno; es de unos cuatro codos de largo y es hermoso como un carbúnculo y filoso como una navaja. El mismo animal es feroz. A todo lo que topa, lo golpea con el cuerno].

³⁵ Honorius Augustodunensis, *De imagine mundi*, I, XIII; PL CLXXII, col. 125A. Diversas fuentes insisten en la cualidad reluciente del mítico cuerno dotado “splendore mirifico” (Solino, *De mirabilibus mundi* 52, 40).

³⁶ “ein tier heizt monîcirus: / daz erkennt der meide rein sô grôz / daz ez slæfet ûf der meide schôz. / wir gewunn des tieres herzen / über des küneges smerzen. / wir nâmen den karfunkelstein / ûf des selben tieres hîrnbein, / Der dâ wehset under sîme horn. / wir bestrichen die wunden vorn, / und besouften den stein drinne gar: / diu wunde was et lüppec var” (*Parzival* IX, 482, 24-30, 483, 1-4). Wolfram von Eschenbach, *Parzival*, ed. Karl Lachmann, Berlin y Leipzig, Walter de Gruyter & Co., 1926 [repr. 1965], 6^a ed., pág. 232a. “[Un animal que llaman unicornio / Que a la pura doncella en tanto estima / Que en el regazo doncellil reposa. / El corazón del animal ganamos / Para atender del rey su gran dolencia. / Esta piedra carbunclo así tomamos / Que tiene el animal en la cabeza, / Puesto que crece ahí bajo su cuerno. / Aunque en su herida al frente la frotamos / Y entera hundimos dentro aquella piedra, / La herida estaba y luce emponzoñada”].

supusieron tres colores en él,³⁷ que concuerdan de modo casi idéntico con la δρακοντίτης del lapidario griego amplificando los concomitantes juegos de espejos entre el unicornio y el dragón.³⁸ Cabe por último añadir otra descripción, de procedencia similar pero un tanto distinta en su contenido, de santa Hildegarda; en este caso, se le adjudica un hueso debajo del cuerno similar a vidrio diáfano y en el que el hombre puede mirarse como en un espejo, aunque su precio no se encarece.³⁹ La conjunta caracterización de la piedra, radiante y especular, aparecerá atribuida al “carbunclo” en el testimonio de Barco Centenera. La lejanía de las fuentes germanas imposibilita conjeturar cualquier influjo directo (el animal con la piedra reaparece en el siglo XIV en las *Revelaciones* de santa Brígida, como símbolo negativo de la castidad orgullosa);⁴⁰ pero, más allá de los veneros comunes, puede especularse sobre procedimientos imaginarios afines. El atributo del espejo o carbúnculo en la frente del unicornio parece desconocido en la España del Renacimiento. Al maestro Vélez de Arciniega se le ocurrió

³⁷ καὶ ἔστι τὸ μὲν κάτω τοῦ κέρατος ὅσον ἐπὶ δύο παλαιστὰς πρὸς τὸ μέτωπον πάνυ λευκόν· τὸ δὲ ἐπάνω ὁξύ ἔστι τοῦ κέρατος· τοῦτο δὲ φοινικοῦν ἔστι, ἐρυθρὸν πάνυ· τὸ δὲ ἄλλο τὸ ἐν τῷ μέσῳ μέλαν: Ctesias de Cnido, *FGrH* Jacoby 3C, F45 [“Asimismo, la parte baja del cuerno, aproximadamente a dos palmas de la frente, es toda blanca; y la parte superior de su cuerno es puntiaguda, y ésta es púrpura [o carmesí], plenamente roja; y la otra en el medio negra”]; *vid.* Eliano, *De natura animalium* IV, 52.

³⁸ Recuérdese, por ejemplo, cómo la tópica enemistad del elefante y el dragón (Plinio, *Naturalis historia* VIII, XI-XII, 32-34) se espejea en la de aquél y el rinoceronte (Eliano, *De natura animalium* XVII, 44).

³⁹ Santa Hildegarda, *Subtilitates diversarum naturarum creaturarum*, VII, v [“De Unicorni”]: “Sub cornu autem suo [os] habet quod velut vitrum perspicuum est, ita quod homo in illo faciem suam velut in speculo considerare potest, sed tamen non valde pretiosum est” (*PL* CXCVII, col. 1318B).

⁴⁰ “Secundum animal superbiens ex lapide precioso, quem habet sub cornu, significat hominem qui confidens et presumens de se ex lapide precioso castitatis deditur monitionibus tangi et prefert se aliis”. Santa Brígida de Suecia, *Revelaciones. Lib. IV*, ed. Hans Aili, Uppsala, Svenska fornskriftsällskapet, 1992, pág. 335.

comparar a la piedra con el animal en términos de su equiparable excelencia; de ese mismo aprecio ha nacido, como puede inferirse de sus propias palabras, su conjectural confusión.⁴¹

Emprender la pesquisa del “carbunclo” en el medio ibérico medieval es sinuosa y casi desesperada, dada la ausencia de bestiarios españoles y portugueses que allanen la búsqueda.⁴² A pesar de ello, otro posible candidato ofrece el *Lapidario* de Alfonso X:

DELA PIEDRA AQUE DIZEN CATU.- Del XXIIII grado del signo
de Escorpion es la piedra aque llaman catu. Esta es co[n]tada entre
las delos animales, et fallan la desta guisa; assi que, en la tierra de
Tept, a carneros monteses que son pequennos de cuerpo, et an tan
grand poder de correr, que ninguna cosa no los puede alcançar, et
por ende, no los pueden tomar si no con engennos; et a estos
carneros llaman en caldeo catu, et dend toma la piedra este
nombre. Et cadauno daquellos carneros a una piedra en la fruent,
entrel cuero et la carne, et quandos le faze, inchal el cuero, et desta
guisa entienden que la tiene; et quando gela sacan, fallan la de color
de iuiuba.

⁴¹ “Dela misma manera que entre las piedras preciosas es mas estimado el Carbunclo, lo es el Vnicornio entre los quadrupedos animales: y dela misma manera, que por assimilar al pequeño carbon encendido (como auemos dicho) llamaron Carbuncos a las piedras ya dichas, llamaron Vnicornio al cauallo, buey, y asno Indicos, al Rhinocerote, fiera Orynge, y asno de Scytia, y à los demas animales de vn cuerno, por no tener mas de vno” (I, III). Vélez de Arciniega, *op. cit.*, págs. 37-38.

⁴² Alan Deyermon, “The Bestiary Tradition in the *Orto do Espaso*”, en Martha E. Schaffer y Antonio Cortijo Ocaña, eds., *Medieval and Renaissance Spain and Portugal: Studies in Honor of Arthur L-F. Askins*, Woodbridge, Tamesis, 2006, pág. 92.

Et la su forma es desta guisa; que dela part que se tiene con el huesso es llana, et dela parte de fuera, contral cuero, es alta et redonda. Et lo llano reluze como espejo, et lo otro, no.⁴³ (I, 64, b, 7-22).

La piedra en cuestión, de modo notorio, no es el deslumbrante carbúnculo; además es interna, aunque de color rojo oscuro (como la yuyuba). Tiene la cualidad de ser aromática; de hecho, la voz *catu* se vincula con el almizcle o moscho, acaso con “gato”,⁴⁴ confundiendo en el nombre *catu* (un hápax) a la civeta con el ciervo almizclero.⁴⁵ Para tal efecto, claro está, la supuesta piedra frontal es por entero fantástica. Por su parte, respecto del “carbunclo”, y a pesar de las claras diferencias, no son menos llamativas las semejanzas: un animal cuadrúpedo, de remota procedencia oriental, sumamente veloz y de muy trabajosa captura, con una piedra de color rojo intenso en la frente, cubierta de piel y que luce como espejo en su parte interna. No es entonces injustificado mencionarlo como un potencial antecedente del “carbunclo”; ni es demasiado temerario conjeturar que una mezcla suficiente de ignorancia e imaginación hubiera podido adosar a una

⁴³ Alfonso X, “*Lapidario*” (*Según el Manuscrito Escurialense H.I.15*), ed. Sagrario Rodríguez M. Montalvo, Madrid, Gredos, 1981, pág. 129.

⁴⁴ *Ibidem*, 129, n. 146.

⁴⁵ “catu ‘mouflons’: is an unassimilated technical term [...] prob. corruption of oal < Ar. *waʃl* ‘mountain goat’ [...] But the mention of Tibet in *Lapidario* suggests ‘musk deer’, it being known that their best variety was native of that country. In fact, this hapax and its context [...] would posit Neo-Ar. *waʃl atib*, then corrupted as **oaʃl aʃtuʃt* and, finally, as piedra catu. In all this, there was perhaps an additional ingredient, namely, the frequent confusion between musk deer and civet cat [...].” Federico Corriente, *Dictionary of Arabic and Allied Loanwords: Spanish, Portuguese, Catalan, Galician and Kindred Dialects*, Leiden, Brill, 2008, pág. 252a, n. 619.

especie de mosquido, de conocida conducta nocturna, la más brillante de las piedras preciosas.

Tal parece, en cualquier caso, haber sido la labor de algún desparpajado inventor, o, lo que parece más probable, de la sumada confabulación de un grupo de ellos, urdida en el medio español durante algunas décadas del siglo XVI. El considerable hiato temporal entre las fabulaciones medievales y el Renacimiento permanece por ahora insoluble, por lo que es necesario centrar la vista en este período, donde el oscuro “carbunclo” hace su modesta irrupción. El primer texto impreso hasta ahora documentado en que se utiliza el término para nombrar, no a una piedra preciosa, sino a un animal es del año 1540 y su autor el maestro toledano Alejo Vanegas. El tema del pasaje donde oblicuamente asoma la mención es un fenómeno de luminosidad nocturna largamente atestiguado por marineros desde la Antigüedad (al que también alude Góngora en el pasaje correspondiente): el fuego simple de Helena o doble de Cástor y Pólux, con el nombre común de fuegos de Sant Elmo o San Telmo (el plasma luminiscente que se genera por la ionización del aire). A ese propósito, Vanegas puntualizaba:

Este fuego o claror sale en la tierra del humo que se encoge con el ayre frio dela noche. En las riberas delos ríos por la exhalacion del agua se encoge este humo: et por consiguiente resplandece: porque no es otra cosa [el] humo: sino fuego esparzido. Los que no saben esta causa: piensan que es otra cosa, y dizen que aquello

que resplandece es carbunco: que sale de noche a manera dela luciernaga.⁴⁶ (II, XXXV).

La relación entre los fuegos de San Telmo, el supuesto “carbunco” y la luciérnaga se da, evidentemente, por tratarse de fenómenos de luminiscencia nocturna que se prestan a diversos equívocos; el vínculo funcional con la piedra carbúnculo y la luciérnaga cabe también en esos términos,⁴⁷ pese a su diferencia cromática (los fuegos de San Telmo, según cantará Coleridge, “Burnt green, and blue and white”).⁴⁸ Por desgracia, la referencia es demasiado oblicua para extraer de ella mayores noticias. Es posible que Vanegas pretendiera aclarar una confusión entre dos fenómenos distintos bien identificados; pero cabe entender más bien que buscaba rectificar un reciente error vulgar, de aquellos que, ignorando los fuegos de San Telmo, traman una ficticia explicación de lo que atestiguan. Cabe exemplificar el procedimiento con un simétrico desmentido del siglo XVIII, según el reporte del intendente de la Real Hacienda en Orán, transscrito por el padre Feijoo, que expone un supuesto meteoro semejante y aun identificado con

⁴⁶ Alejo Vanegas, *Declaración de la diferencia de libros que ay en el vniuerso*, Toledo, Juan de Ayala, 1540, fol. XCVR-v.

⁴⁷ “Si autem fuerit perspicuitas multa et fumus quasi igneus accensus spissus, tunc est color ejus qui vere dicitur carbunculus: et ideo ille qui vere speciem suam attingit, lucet in tenebris sicut noctiluca, et maxime quando superfunditur aqua clara et limpida” (*Mineralia* I, II, II). San Albero Magno 1890, V, 16a-b. Por otro lado, en la Nueva España, Sahagún reporta cierta piedra fosforecente (llamada *huitzitzilteth*) comparable a una luciérnaga: “venla de noche por que resplandece a manera de luciérnaga, o como una candelita pequeña que está ardiendo, y de lejos no parece sino luciérnaga, y conocen ser la piedra dicha en que está queda aquella luz y no se mueve” (XI, VIII, 5, 33). Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, vol. III, ed. Ángel María Garibay K., México, Porrúa, 1969, pág. 338.

⁴⁸ “The Rime of the Ancient Mariner” II, 130; en Samuel Taylor Coleridge, *The Complete Poetical Works*, vol. I, ed. Ernest Hartley Coleridge, Oxford, Clarendon, 1912, pág. 191.

los propios fuegos de San Telmo: “El principio de este enredo consistió solamente en havarse visto algunas noches por la falda del monte [...] un fuego fatuo, ó errante, que causando alguna novedad al Vulgo de los Soldados, por verlo vagante à deshora, y por parages pendientes, y escarpados, donde no podia llegar gente alguna, no sabian à què atribuir aquella luz”; ello dio lugar a la falaz urdimbre de otro relato sobre el “carbunclo”.⁴⁹ Sea como fuere, es notorio que, para cuando Vanegas escribe, existe ya la creencia sobre un cierto “carbunco” que sale de noche. Su apunte será copiado casi literalmente tres décadas más tarde por Pérez de Moya.⁵⁰

La siguiente evidencia impresa corresponde a un pasaje, ya tiempo atrás detectado (lo registró Borges, en la versión inglesa de *The Book of Imaginary Beings*),⁵¹ del cronista Gonzalo Fernández de Oviedo. El asunto no se toca en el *Sumario* de 1526; tampoco en la *principis* de la primera parte de *La historia general de las Indias* de 1535 ni en la edición ampliada de 1547; es en la solitaria publicación del libro veinte de la segunda parte, trunca por la muerte del autor, donde figura el pequeño apunte a propósito, como versión del relato de otro. El narrador original era el clérigo Juan o Johan de Aréizaga, que acompañó en 1525 la fallida expedición de la armada para colonizar las islas de la Especiería (las Molucas) a cargo del comendador frey García Jofre de Loaysa. Según Fernández de Oviedo, la singular relación de

⁴⁹ Benito Jerónimo Feijoo, *Theatro crítico universal, o discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes*, vol. VIII, Madrid, Herederos de Francisco del Hierro, 1739, pág. 60.

⁵⁰ “Algunos quando de noche veen este resplandor tan cerca del suelo, piensan ser Carbunco que sale de noche, a manera del gusano que dizen Luciernaga, porque tiene en si vna partecica que relumbra” (II, III, XVII). Juan Pérez de Moya, *Tratado de cosas de Astronomía, y Cosmographía, y Philosophía Natural*, Alcalá, Juan Gracián, 1573, pág. 114b.

⁵¹ Entre las ampliaciones fruto del trabajo conjunto con el traductor: Jorge Luis Borges (con Margarita Guerrero), *The Book of Imaginary Beings*, trad. y rev. Norman Thomas di Giovanni, Nueva York, E. P. Dutton & Co., 1969, págs. 51-52.

Aréizaga apuntaba, junto con otros memorables elementos fantásticos (los “gigantes patagones”), esa extraña aparición advertida en las exploraciones del río de Sanct Alifonso (el río Gallegos en la provincia de Santa Cruz, Argentina):

Dezia este clero que estando en este puerto se vieron dos animales en tierra de noche, los quales dezian que eran carbuncos cuyas piedras alumbrauan como sendas candelas resplandescientes, a los quales hizieron guarda y despues que pusieron en ello diligencia por los tomar nunca mas los vieron ni parescieron, y antes desso los vieron tres o quatro noches, y questo era en la costa dentro del estrecho a la parte del norte, que es assi mismo hazia la equinocial, porque como tengo dicho este estrecho esta de la otra parte de la linia cincuenta y dos grados y medio.

Yo no hallo scripto de tal animal, visto he que Ysidoro dize, *Omnium ardantium gemmarum principatum carbunculus habet*, y dize que ay ciertos dragones que tienen en el cerebro vna piedra presciosa que si seyendo biuo el dragon no le es quitada, no resplandesce, por lo qual los magicos vsan cierto engaño y çebo que el dragon come de grado con que se duerme y dormido subito se la quitan.

Plinio habla largamente de los Carbuncos, y este nombre da el a todas las piedras presciosas que son fogosas assi como rubies y balajes, pero no dize que se hallen en animal.⁵² (XX, VIII [X]).

⁵² Gonzalo Fernández de Oviedo, *Libro XX. De la segunda parte de la general historia de las Indias*, Valladolid, Francisco Fernández de Córdova, 1557, fol. XXVIIr a-b.

Tal es el relato sobre un cierto animal “carbunco”, apenas visto en la ribera del río Gallegos, que resplandecía en la noche y resultó imposible de atrapar. Cabe la posibilidad de que la versión primitiva sea de terceros a Aréizaga (aquellos marinos que “dezían que eran carbuncos” los apócrifos animales), lo que asegura un accidentado proceso de transmisión; en él no es difícil especular sobre la cadena de equívocos e/o invenciones que derivaron en la metamorfosis nominal del “carbunco” o “carbunclo”, de piedra radiante a fantasmal especie zoológica (las móviles luces que se afirma vieron o creyeron ver brillaban en la noche como se supone hacen las piedras llamadas carbúnculos, fácilmente evocables por la codicia de los viajeros o por el socarrón fabulista; de ahí debió propiciarse que el vocablo pasara a designar aquello “nunca antes visto” y que por ello mismo carecía de nombre). Se presumirá desde entonces la existencia de cierto animal al que le nace la piedra en su frente distinto a los anteriormente inventados; pero se puede tener la certeza de que, en términos de su gestación imaginaria, es la piedra la que ha generado al animal a partir de leyendas afines, con la novedad de que un *atributo* de la criatura se ha convertido en *designación* sinecdoquica que *pars pro toto* le fue aplicada (en una relación inversa a las piedras “rinoceronte” o “catu” antes referidas, cuyo nombre lapidario replica el de los respectivos vivientes). Un hecho no menor es que lo contado por Aréizaga constituye, hasta donde se sabe, el testimonio *oral* más antiguo conocido; pues Fernández de Oviedo registra la datación de su escucha a aquellas increíbles historias antes de proceder a incluirlas en su obra, indicando el encuentro con el clérigo “don Juan de Areyçaga vizcayno al qual yo vi y hable en Madrid año de mill y quinientos y treynta y cinco años al

tiempo que informo a Cesar y a los señores de su real consejo de indias”⁵³ (XX, III [V]). De forma previsible, los datos extraordinarios no figuran en la relación oficial,⁵⁴ por lo que debió reservarlos para conversaciones informales que tentasen la credulidad de los oyentes. Pero la precisión y las reflexiones derivadas del cronista resultan reveladoras. Si un hombre de amplia cultura europea y vasto conocimiento de América (de donde sería originaria la especie desconocida) trata el tema como noticia nueva y sin paralelo, aun pasadas dos décadas de posible indagación, esto redunda en la verosímil hipótesis de que realmente lo fuera. Tales circunstancias compaginan con la ausencia de documentación anterior que establezca un claro puente textual con similares invenciones de la Edad Media. Por lo tanto, cabe suponer al año 1535 como el *terminus post quem* para la propagación del cuento sobre el animal fantástico precariamente denominado “carbunclo”, y a Juan de Aréizaga como su inventor, o al menos, como su propulsor a una mayor escala. Es notorio que para su difusión contó no sólo con la escasamente atendida pluma del cronista, en la porción de su obra publicada veinte años más tarde, sino de los diferentes escuchas que atendieran las historias del clérigo explorador y que debieron extenderlas en una pequeña pero casi segura onda expansiva. Tal vez uno de aquellos oyentes fuera el maestro Vanegas, pero cuando menos es válido imaginar que le hubiera sido contada por un tercero entre las noticias singulares de las maravillas americanas. La conjeta no es demasiado audaz,

⁵³ *Ibidem*, fol. XXIr a.

⁵⁴ *Vid.* “Relacion que dió Juan de Areizaga de la navegacion de la armada de Loaisa hasta desembocar el estrecho, y de los sucesos de la nao Santiago que se separó allí y aportó á Nueva-España (Arch. de Ind. en Sevilla, Leg. 6.^o de Patronato Real)”, en Martín Fernández de Navarrete, ed., *Colección de los viajes y descubrimientos, que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos concernientes a la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias*, vol. V, Madrid, Imprenta Nacional, 1837, págs. 223-225.

dada la breve mediación de un lustro entre el informe del vizcaíno y el libro del toledano. Por ello cabe leerlo como una efectiva racionalización intentada por éste para un fenómeno de similar circunstancia: en las riberas de los ríos (como ocurrió en el de “*Sanct Alfonso*”) es que se suscita, por desconocimiento, la confusión entre los fuegos de San Telmo y un supuesto animal (o un par de ellos, lo que corresponde a las luces gemelas de Cástor y Pólux) del que nadie ha escrito jamás una línea. Pese a las presumibles diferencias que entre ambos fenómenos se pudieran argüir, la postura racionalista procede en efecto a esclarecer, según su criterio e información, aquello que le parece falso o improbable. El propio Fernández de Oviedo intenta verificar lo dicho con los datos disponibles en la *encyclopedia* tradicional europea sin descubrir antecedente satisfactorio; no otra cosa harán, en otro momento y por las propias “obscuras razones” del poeta, los comentaristas de Góngora.

Estas primeras apariciones no dieron sin embargo lugar a menciones asiduas ni muy notorias en los años siguientes. Los posteriores ejemplos documentados por Arellano se comprueban laterales y problemáticos. Acaso el primero corresponde al soneto amoroso atribuido a Diego Hurtado de Mendoza, “Amor, lazo en [la] arena solapado...”, que dataría por obvias razones de antes de 1575. Pero su difusión no fue copiosa; no fue recogido en la *princeps* de 1610 y se conserva en forma manuscrita (en el cartapacio salmantino de Francisco Morán de la Estrella, ca. 1585; y BNM, ms. 4256 [*olim* M. 223], ca. segunda década del siglo XVII), impreso por William I. Knapp en 1877. El verso al respecto, que cierra el catálogo del poema sobre las paradojas y las imposibilidades del amor, no puede sino

ofrecer un perfil muy conciso: “Carbunco que en buscándolo se encierra”⁵⁵ (XXXIV, 13). Para quien entonces leyere esta pincelada, sólo sabiendo el vago comentario de Aréizaga, no podría entender sino que el animal “se pone a resguardo” en algún lugar inaccesible para aquel que lo busca. Sin embargo, la leyenda ha experimentado, en fechas no muy lejanas, cierta evolución. Así lo muestra el otro caso, de más detallado dibujo pero circunstancias textuales similares, de una canción atribuida a Francisco de Figueroa, “Cantar quiero el llorar enamorado...”. De nuevo, el texto no fue recogido en las ediciones de Luis Tribaldos de Toledo de 1625 y 1626, se conserva en un solo manuscrito (curiosamente, en el mismo cartapacio de Morán de la Estrella, destinado al empleo inmediato en el medio salmantino) y fue publicado a inicios del siglo XX por Menéndez Pidal. El pasaje sobre el “carbunclo”, que sirve como símil erótico de la amada esquiva, ofrece en efecto un perfil más prolíjo:

Qual carbunco, que en noche tenebrosa
 pasçiendo dulces hyeras, muy seguro,
 leuanta la pestaña y resplandeze
 la clara piedra por el ayre obscuro;
 mas si la fiera siente alguna cossa,
 cerrando su pestaña, des(a)pareçe:
 tal a mí me acaeçe
 ver mi Florisia hermosa,

⁵⁵ Diego Hurtado de Mendoza, *Obras poéticas*, ed. William I. Knapp, Madrid, Miguel Ginesta, 1877, pág. 23. *Cartapacio de Francisco Morán de la Estrella*, eds. Ralph A. DiFranco, José J. Labrador Herraiz y C. Ángel Zorita, pról. Juan Bautista Avalle-Arce, Madrid, Patrimonio Nacional, 1989, pág. 27 (núm. 49).

más que piedra preciosa
y más que piedra dura a mis dolores,
preciosa más que todos los fabores,
huir de mí con turbio sobrezejo;
de tantos disfabores
al cielo en balde me lamento y quejo”.⁵⁶ (99-112).

Como en el soneto de Hurtado de Mendoza, su uso se posterga al final del poema para darle un cierre extraordinario e hiperbólico; la *rarissima species* sirve para extremar el misterio y la condición inasible del objeto amoroso. Pero del texto de Fonseca resulta sorprendente cómo aquella criatura de la Patagonia, apenas bosquejada por Aréizaga, revela un par de características desconocidas: la “fiera” es herbívora y a su piedra brillante se superpone una suerte de párpado, que el animal abre y cierra a su arbitrio, recurso que le facilita la fuga. Es notorio que este enriquecimiento en el detalle ha ocurrido en momentos posteriores al conjectural origen de la leyenda en 1535 (tal vez por el propio clérigo vasco, aunque nada se sabe de él después de esa fecha) y que no es una mera ficción de Figueroa; algún fabulista individual o un grupo de ellos, sin visibles huellas escritas, trabajaron para perfeccionarla. Si ignoramos su identidad o su circunstancia, no es arduo imaginar las necesidades narrativas que, ante las dudas de los escépticos, motivaron tales precisiones: el animal es visto y luego desaparece porque puede ocultar el carbunclo luminoso según su deseo; no ataca a los hombres en la oscuridad porque se alimenta de hierbas, etcétera. Esto obedece, por supuesto, a

⁵⁶ Ramón Menéndez Pidal, “Observaciones sobre las poesías de Francisco de Figueroa (con varias composiciones inéditas)”, *Boletín de la Real Academia Española*, II: 2 (1915), pág. 323 (*Cartapacio de Francisco Morán de la Estrella*, núm. 703, págs. 338-339).

conocidos y estudiados procesos en la construcción de relatos legendarios; cuando ésta es medianamente exitosa, el trabajo colectivo va llenando los huecos y paliando las inconsistencias. No es imposible que para esa hechura hayan servido figuraciones pasadas, como la del *catu* del Lapidario alfonsí o alguna otra semejante. Sea como fuere, de estos testimonios se deduce que aquella invención austral ha tenido pervivencia en la segunda mitad del siglo XVI y alguna fortuna, si ha podido introducirse en la obra de dos poetas de cierta relevancia, aunque la transmisión de esos mismos textos corrobora el destino marginal del “carbunclo”.

Según lo visto, el “descubrimiento” de la criatura se dio en uno de los muchos capítulos de la exploración de las tierras americanas, pero su continuidad imaginaria pudo darse sin dificultad desprendida de aquella experiencia. Por lo menos, no hay otras crónicas posteriores a la de Fernández de Oviedo en el siglo XVI que abunden sobre la cuestión (la referencia que, apoyando tal persistencia, incluye Arellano sobre Antonio de Herrera y Tordesillas es falsa;⁵⁷ el cronista no ha dado crédito alguno a los aspectos fantásticos de la expedición de Loaysa a la Especiería en los pasajes que la refieren).⁵⁸ Su reaparición sudamericana se da en un texto de inicios

⁵⁷ Vid. Arellano, “Un pasaje oscuro de Góngora aclarado...” (§ 55). El error parte de su fuente (Hernando Cabarcas Antequera, *Bestiario del Nuevo Reino de Granada*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo / Colcultura, Biblioteca Nacional de Colombia, 1994, pág. 141), quien ha leído mal su propia fuente de segunda mano (cf. Constantino Bayle, *El dorado fantasma*, Madrid, Publicaciones del Consejo de la Hispanidad, 1943, 2^a ed., pág. 179), que se refiere a lo contado por Barco Centenera.

⁵⁸ Antonio de Herrera y Tordesillas, *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas i Tierra firme del mar océano, Década tercera*, Madrid, Imprenta Real, 1601, págs. 333a-340a (III, IX, IIII-VI). Los hechos han pasado de cierto por la criba crítica de Herrera, como muestra el caso de los indios “patagones”: “y porque eran hombres de grandes cuerpos, algunos les llamaron Gigantes, y otros los han dicho Patagones, y por no auer hallado mucha conformidad en los que refieren las cosas destos

del XVII, en la crónica rimada de Martín del Barco Centenera;⁵⁹ en este caso, como en la versión primera de Aréizaga, se torna naturalmente a una anécdota inmediata, que acentúa el carácter testimonial:

Y no lexos de aqui por proprios ojos
 El Carbunclo animal veces he visto,
 Ninguno me lo juzgue por antojos,
 Que por caçar alguno anduue listo,
 Mil penas padeci, y mil enojos
 En seguimiento del, mas quam bien quisto,
 Y rico, y venturoso se hallara
 Aquel que Anagpitán viuo caçara.
 Vn animalejo es algo pequeño,
 Vn espejo en la frente reluziente,
 Como vna brasa ignita en rezio leño,
 Corre, y salta veloz y diligente,
 Assi como le hieren echa el ceño,
 Y enturbiase el espejo de repente,
 Pues para que el carbunclo de algo preste
 En vida el espejuelo sacan deste.⁶⁰ (III).

Barco Centenera añade así algunos elementos nuevos: su pequeño tamaño y su capacidad en salto y carrera (que, otra vez, justifican su poder elusivo). La

hombres, no se dira aqui otra cosa dellos” (III, IX, III). *Ibidem*, 334b. No hay noticia alguna sobre el “carbunclo”.

⁵⁹ Pasaje indicado por Borges (1969, 51-52).

⁶⁰ Martín del Barco Centenera, *Argentina y conquista del Río de la Plata, con otros acaecimientos de los Reynos del Perú, Tucumán, y estado del Brasil*, Lisboa, Pedro Crasbeck, 1602, fols. 21v-22r.

descripción de la piedra es evidentemente paradójica (el carbunclo se supone una fuente de luz y a la vez una superficie reflejante) y resuelve en un mismo objeto la dos cualidades, fúlgida y especular, que los textos alemanes atribuyeron a la piedra del unicornio. El otro rasgo, el párpado que la oculta, es consecuente con lo dicho en el poema de Figueroa; la opacidad que adquiere con su daño y la necesidad de cazarlo vivo corresponde sin duda a las viejas observaciones de Sótaco sobre el dragón y la piedra *draconitis*, que imponían esa misma prescripción para su provecho y que se sigue revelando como la leyenda fundacional.⁶¹ Como es notorio, y a pesar de la alegada condición de testigo, los datos que presenta Barco Centenera se deben sobre todo a lo ya antes contado por otros y al préstamo incidental de distintas historias. Pertenecen, claro está, a las asimilaciones de lo maravilloso con la nueva realidad americana, donde, según sucedía ya en los diarios de Colón, eran avistables sirenas.⁶² Por ello, como en otros casos perfilados por el cronista, es notorio que corresponde a una precedente fabulación europea elaborada con materiales previos (y adaptando las experiencias nuevas a un conocimiento compartido con sus receptores ajenos a éstas),⁶³ que puede

⁶¹ Otro texto sobre ello: “Dicunt etiam quidam, quod de cerebro ejus lapis quidam nobilis exciditur: sed virtutem non habent nisi viventi extrahatur” (*De animalium* XXV, 26: “De dracone”). San Alberto Magno 1891, XII, 553b.

⁶² Barco Centenera, *op. cit.*, fol. 21v.

⁶³ “[...] all of the beings that Barco Centenera saw in the River Plate region had already appeared in the books that formed the European reservoir of knowledge about unknown lands. The colonial writers’ interpretive labor, their mediation between observed reality and the reader of the text, consisted of distorting the facts to adapt them to familiar patterns—that is, to the available cultural parameters. This does not mean that the European observers consciously distorted the reality they perceived; rather, the knowing subjects ‘read,’ in the reality they perceived, only what the constraints of their own cognitive framework allowed them to understand. In other words, Barco Centenera belonged to a culture, an episteme and, most of all, an interpretive community (in the sense given to the term by Stanley Fish) that predisposed its members to interpret the world in a determinate manner—actually,

también espejarse en el propio folklore local. Así lo sugiere el nombre guaraní *anagpitán*, explicado en una glosa marginal: “El carbunclo es vn animal llamase este animal en lengua Guarani Anagpitán. i. diablo que reluze como fuego”.⁶⁴ La aportación léxica del cronista fue tan desatendida como su relato y, en general, su obra, por lo que siguió utilizándose el nombre supletorio de la piedra preciosa, o bien, preferir con prudencia su descripción innominada.

Como testimonios anteriores a 1613, Arellano presenta un par más: unas líneas insertas en la entrada “carbón” del *Tesoro* de Cobarruvias, referidas a la piedra “carbunco” / “*carbunculus*”: “Pyrôpus fingen tambien criarse en la cabeza de vn animal, que quando siente le van a caçar echa sobre la frente (a donde la tiene) vn ceño con que la cubre”.⁶⁵ La descripción corresponde parcialmente a la del alcaláinio Fonseca, sin añadir más detalle, pero confirma la propagación de la noticia. Aunque es muy probable que no lo desconociera, Cobarruvias evitó consignar de manera explícita que la designación “carbunco” era aplicada al animal, tal vez por celo lexicográfico, teniéndola como una extensión de dudosa validez para lo que de otra manera carece de nombre (a tal efecto, tampoco le era practicable la exótica voz guaraní anotada por Barco Centenera). La otra muestra es, por su índole temática, muy distinta a las anteriores; corresponde a la versión a lo divino de Juan Bautista de la Concepción en su *Noche del espíritu en el estado estático* (1609-

in the only manner possible for that culture”. Gustavo Verdesio, *Forgotten Conquests: Rereading New World History from the Margins*, Filadelfia, Temple UP, 2001, pág. 48.

⁶⁴ Barco Centenera 1602, fol. 21v.

⁶⁵ Sebastián de Cobarruvias Orozco, *Tesoro de la lengua castellana, o española*, Madrid, Luis Sánchez, 1611, fol. 198v a (s.v. “carbón”).

1610),⁶⁶ un opúsculo en la abundante obra manuscrita del santo no publicada sino hasta el siglo XIX.

Acaso no es muy extraño que, frente a la tácita repulsa de los naturalistas, la fantasía poética haya acogido la dudosa leyenda, pero parece que cierta credulidad piadosa resultó aún más hospitalaria. Pueden, sobre todo respecto de ese ámbito, hacerse otras aportaciones documentales. La que podría ser más antigua se encuentra en una obra dramática escrita en la Nueva España por Fernán González de Eslava, autor en el que confluyen, en un trivio accidental para el tema del “carbunclo”, la procedencia americana, la poesía y la a la postre más abundante utilización religiosa. En el *Coloquio XVI (El bosque divino)*, la más compleja de sus composiciones, aparece como elemento alegórico de la escenografía para la puerta de la Templanza; la acotación describe la imagen y el epigrama que la acompañaría:

Puerta del Sacramento del Altar, donde está la templança, porque han de venir a él tenplados como halcones a comer la carne y sangre de Christo. Aquí ha de estar una figura Hieroglífica, que es el animal que llaman Carbunclo, que tiene la piedra preciosa en la frente, y cíbrela con una cortina natural que tiene, y dezía assí la letra:

*Carbunclo es el Redemptor
de admirable propriedad,
que cubrió su humanidad
el Diuino resplandor
que da su Divinidad.*

⁶⁶ Arellano, “Un pasaje oscuro de Góngora aclarado...” (§ 60).

*Y aquí, por nuestro consuelo,
Aquel carbunclo Divino,
porque assí a la Fe conuino,
se cubre con aquel velo
de especies de Pan y Vino.⁶⁷ (918-927).*

De forma imprevista, la criatura hechiza de Sudamérica ha devenido en un hieroglifo sacramental, que representa al Redentor y el misterio de la Eucaristía. En su transubstanciación imaginaria, el párpado aparece como el propio velamen alegórico de la divinidad de Jesús y del vino y el pan, que es a la vez transferencia y velo de su cuerpo y sangre transfigurados. Cómo fue que esta invención de reciente factura se hizo materia incorporable al vasto acervo de la tipología, según su vieja praxis totalizante, para tornarse en *figura Christi*, nos es de nuevo desconocido. Los *Coloquios* de González de Eslava se publicaron de manera póstuma en 1610; aunque se ha creído que pudo ser trabajo postrero del autor —según el orden de la *princeps*— ubicable hacia fines del siglo XVI, la fecha atribuida con más fundamento para *El bosque divino* es el año de 1578.⁶⁸ Adoptando la conjeta, cabe retrotraer a un momento anterior la incorporación del “carbunclo” a la temática sacra. Como puede colegirse de su fugaz presencia en la poesía erótica, queda a la vista que antes de 1580 la leyenda no sólo se encontraba desarrollada en ese

⁶⁷ Fernán González de Eslava, *Coloquios espirituales y sacramentales*, ed. Othón Arróniz Báez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, pág. 657.

⁶⁸ Es la propuesta del editor Arróniz con base en ciertos indicios históricos; a favor de una datación posterior, por razones literarias, se ha pronunciado Beatriz Mariscal Hay, “Del contexto histórico al contexto literario: observaciones sobre los *Coloquios espirituales* de Fernán González de Eslava”, en Raúl Marrero-Fente, ed., *Perspectivas trasatlánticas. Estudios coloniales hispanoamericanos*, Madrid, Verbum, 2004, págs. 93-102.

detalle coincidente del párpado que cubre la piedra, sino que pudo adaptarse a usos metafóricos de índole profana y divina. En cierta medida, el poeta novohispano resultaría un buen vehículo para esa transferencia de un símil amoroso a alegoría sacra, pero varias circunstancias lo tornan poco probable. Si, como se cree, su obra se compuso para la gran fiesta de noviembre de 1578 organizada por la Compañía de Jesús, cabe suponer que hubo un saber y consentimiento eclesiástico anterior que respaldara el uso del símbolo. El caso aparenta una dispersión oral desde el sur de América hacia el norte; sin embargo, aun si no es imposible que Aréizaga hubiera empezado a contar el cuento a su paso por la Nueva España, tras el desastre de la Especiería, no parece haber más huellas locales que permitan establecer una línea mexicana independiente de su continuidad; luego, es casi seguro que la leyenda, ya transformada, habría cruzado de vuelta desde la otra orilla del Atlántico. Tal vez González de Eslava la conoció antes de su arribo a América, pero parece más plausible conjeturar que supiere de ella ya en su nueva y definitiva residencia, a través de relatos orales y aun escritos provenientes de España que propusiesen con anterioridad su aplicación religiosa y tornaran viable su empleo en el espacio colectivo del drama.

Aunque posteriores a aquella datación hipotética, varias obras comprueban que la leyenda del “carbunclo” llegó a tener una efectiva presencia en la literatura teológica de la península hacia finales del siglo XVI. Una de ellas, del aragonés fray Jerónimo de Guadalupe, primer profesor de Sagrada Escritura en El Escorial: “Quemadmodum animal quoddam carbuncus appellatum, quod lapidem fulgentissimum, nempe carbunculum, gestat in fronte, quo se illuminat, Ita sacerdos animal carbunculus est, vt alios

illuminet, & se. Hinc ait Assertor noster, Vos estis lux mundi, id est, carbunculi diuini ad illuminandos homines”⁶⁹ (III). Este aprovechamiento de la criatura ficticia echa mano escuetamente de sus rasgos fundamentales; el detalle innovador es acaso el que se asume en el otro término de la comparación, a manera de imagen del sacerdote cristiano, que es no sólo iluminación de sí mismo sino también de otros, creencia que llegará a formar parte de la fábula. El motivo reaparece lustros más tarde en la obra del jesuita toledano Alfonso Salmerón, explicando el episodio de la disputa entre el niño Jesús y los doctores del Templo:⁷⁰

Nam hæc Christi pueri disputatio, qua tantum sapientiæ lumen ostendit, & diuinitatis suæ magnitudinem ex parte declarauit, haud absimilis est pyropo lapidi, quem animal quoddam in fronte gestat, & noctu solet splendorem mirabilem emittere: sed dum venatores eius vitæ insidiantur vt capiant, tegit gemmam illam, & splendorem suum celat, & paruitate sua se à venantibus tuetur.⁷¹ (XLVI).

El ejemplo es no sólo más rico que el del caso anterior, sino que también muestra esa ascensión jerárquica, desde una imagen del sacerdote a *figura Christi*, que con valor eucarístico representó González de Eslava. La descripción se apega en lo esencial a la mostrada en la canción de Fonseca: el animal con la piedra radiante que se resguarda cuando es acosado por cazadores; se añade su pequeña dimensión, que pronto anotara Barco

⁶⁹ Jerónimo de Guadalupe, *Commentaria in Hosseam profetam*, Zaragoza, Dominicus a Portonariis, 1581, fol. 150v a.

⁷⁰ Lucas II, 40-52.

⁷¹ Alfonso de Salmerón, *Commentarii in Evangelicam Historiam, & in Acta Apostolorum*, vol. III, Madrid, Ludovico Sánchez, 1599, pág. 536a.

Centenera, y que obviamente conviene a la analogía intentada. A partir de este texto, cabe deducir que esa es la caracterización “estándar” más completa del “carbunclo” tal y como se desarrolló, en una invención colectiva, durante algunas décadas del siglo XVI, aunque todavía habrá de sufrir algunas modificaciones en años posteriores. Nótese que Salmerón emplea —así lo hará Cobarruvias— *pyropus* como sinónimo de la gema y evita usar el término “carbuncus” que, relatinizado a partir de la forma vulgar sincopada “carbunco”, fray Jerónimo de Guadalupe utilizó dando pie a su deslinde del *carbunculus* lapidario.

Pero parece que una más amplia propagación de las aplicaciones del pequeño animal como alegoría religiosa se da en los lustros que abren el siglo XVII, en el tiempo inmediatamente anterior al de la creación de la *Soledad* primera. Por ejemplo, la empleada por Pedro de Vega:

Dizen del Carbunco, que es vn animal, que sale y se apacienta de noche, y para ver las yeruas que come, se sirue a si mismo de Sol, o acha, con que se alumbra a si propio, y a otros muchos animales, que esperan su venida: el qual leuantando los parpados, descubre vna piedra de su mismo nombre, causando con ella tanta claridad, que alumbra todo el prado: y pueden con mucha comodidad, paçer, y apacentarse todos los animales que acuden: por lo qual se llama Carbunco, como brasa, o carbon encendido.⁷²
(III, VI, III, III, 71-72).

⁷² Pedro de Vega, *Tercera parte de la Declaración de los siete Psalmos penitenciales*, Madrid, Miguel Serrano de Vargas, 1603, fol. 60r.

Este texto sigue la línea abierta en el apunte del maestro del Escorial; pero ahora el “carbunclo”, al iluminarse a sí mismo, sirve a otros animales para que puedan escoger mejor su alimento. Por analogía, vale así para elogiar a san Agustín, el patrono de su orden, que permitió discernir con su luz “las yerbas saludables de las ponçoñas, y heréticas”.⁷³ Sin embargo, el autor conoce las instrumentaciones anteriores, por ello precisa que el símil alegórico corresponde al Cordero divino: “si en el Cielo ay cosa viua, que sirue de antorcha, sin duda deue ser el Carbunco de alla [...] *Carbuncus eius est agnus*”.⁷⁴ Otra muestra similar ofrece el también agustino Cristóbal de Fonseca (autor del famoso *Tratado del amor de Dios*), en su *Vida de Cristo*:

El Carbunco es vn animal que tiene en la frente la piedra preciosa de su nombre, que alumbra mas que vna hacha, sale en las noches mas escuras de su cueua, destierra las tinieblas, siguenle los animales, ora por virtud que tenga de aficionarlos y atraerlos, como la tiene la piedra de atraer a si las pajas y las hojas de los arboles, ora porque les descubre qual es la yerua ponçoñosa ó saludable. Es estampa de Christo Señor nuestro, que con su luz desterrò las tinieblas de la ignorancia del mundo. Lleuose tras si los pueblos, assi porque aficionaua con su presencia, como porque obligaua con su Dotrina.⁷⁵ (I).

Es notorio el abordaje común, aunque en este caso se circumscribe su uso al Salvador. Como pinzellada añadida, se atribuye a la extraordinaria piedra no

⁷³ *Idem*.

⁷⁴ *Ibidem*, fol. 60v: “[...] et lucerna eius est Agnus” (Apocalipsis XXI, 23).

⁷⁵ Cristóbal de Fonseca, *Tercera parte de la vida de Christo Señor nuestro, que trata de sus Parábolas*, Madrid, Imprenta Real, 1605, cols. 17-18.

sólo aleccionar a otros animales sobre los alimentos buenos o perniciosos, sino una capacidad de atracción ejercida sobre ellos, por influjo de un cierto magnetismo (que se arrogó a uno de los *lapides ardentes*, la *lychnis*),⁷⁶ complicando la índole mineralógica de la gema. Esto recuerda en algo viejas alegorías medievales acerca de la capacidad de seducción de algunas fieras, como la pantera, interpretada *in bono* con aplicaciones cristológicas; también son en parte compatibles ciertas características atribuidas al unicornio.⁷⁷ Es probable que estas inéditas cualidades del “carbunclo” obedezcan a las necesidades demostrativas de los comentarios eclesiásticos. La continuidad agustina de las precitadas lecturas puede corroborarse en una obra del catedrático en Salamanca fray Basilio Ponce de León.⁷⁸

⁷⁶ “[...] has sole excalfactas aut attritu digitorum paleas et chartarum fila ad se rapere” (*Naturalis historia* XXXVII, xxix, 103; semejante así al ámbar, *sucinum* o *harpax*; y sus conocidos efectos: XXXVII, xi, 37; XXXVII, XII, 48).

⁷⁷ Del unicornio apunta Cortés (1615, 318): “se allegan a el muchos animales flacos y que poco pueden, para que los ampare y defienda de las otras fieras crueles”; “[...] el cuerno del Vnicornio, puesto en las aguas emponçoñadas, les quita la ponçoña, y luego pueden beuer los demas animales sin peligro”; por ello vale como *figura Christi*, pues el Redentor “quita toda ponçoña de pecado mortal, venial, y original” (*ibidem*, 322).

⁷⁸ “Y si juntamente nos dize Sant Iuan que es antorcha viua, sera lucierniga diuina, que lo esclarezca todo. Pero por ser tan pequeña la luz de este gusanillo, y tan grande la de Christo Señor nuestro, que basta a dar luz à vna ciudad, como la Ierusalem celestial, busquemos si ay otra luz en el mundo viua, y mayor à que poder compararle: si, el carbunclo que es vn animalejo de quien dizan que sale à pacentarse de noche, y para ver las yeruas que come, lleua la luz consigo, que el mismo se sirue de luz: podemos dezir del: *Non eget sole neque luna*: Y a otros muchos animales que le esperan para buscar que comer: leuanta los parpados, descubre vna piedra de su mismo nombre que se llama carbunclo, y despide tanta claridad que alumbra todo el prado, con que pueden apacentarse muy bien los demas animales. Pues si no dize San Iuan de Christo que es *Agnus lucerna*. Y vna antorcha viua, vn sol viuo, al qual el que le sigue halla pastos de vida, y no la ay otra mayor que el carbunclo, digamos que llamarle carbunclo, y dezir San Iuan *lucerna*, todo es vno, pues solo el carbunclo es hacha que viue, sol que tiene alma. Tiene tambien otra propiedad esta piedra que leuanta del suelo pajas, y atrae a si las hojas de los arboles y libros” (“Discursos para el Sábado quinto de Quaresma”, v). Basilio Ponce de León, *Primera parte de discursos*

Las adaptaciones teológicas en textos de aquellos años parecen proliferar. Otro ejemplo aparece en un libro del franciscano Juan de Cartagena:

Carbuncus, seu pyropus lapis quidem est preciosus, quem quidam fabulati sunt, animal quoddam in fronte pelle coopertum gestare, qui proinde tunc non emicat, verum cum in eminentem locum, aut montis alicuius verticem concendit, partem illam pellis, qua tegebatur, eleuat, & confestim totus mons singulari quadam luce perfunditur. Pyropus iste resplendens beata Christi anima est [...].⁷⁹ (VIII, vi).

El profesor de teología en Salamanca y en Roma se concentra en la capacidad de celar y descubrir la piedra, acto que según esto reserva para lugares elevados, lo que convierte al inasible “carbunclo” en montaraz habitante de cumbres; tal característica conviene de modo natural al símil anagógico que pretende, sobre la transfiguración de Jesús.⁸⁰ Para ilustrar este mismo hecho milagroso recurrió también al “carbunclo” el jesuita portugués Juan Rebello:

Quedara muy claro este misterio, si primero entendemos la propiedad del animal, que se llama Carbunco, por causa de la

para todos los Evangelios de la Quaresma, Salamanca, Diego de Cussio, 1608, 2^a ed., pág. 226(B-Da).

⁷⁹ Juan de Cartagena, *Homiliae catholicae in universa Christianae religionis arcana*, Madrid, Alphonsus Ciaconius, 1609, [VIII] col. 42.

⁸⁰ Mateo XVII, 1-13; Marcos IX, 2-13; Lucas IX, 28-36.

piedra Carbunco, que tiene en la frente, de los quales se dize, que se hallan algunos en Indias, (si los ay). Este animal tiene en la frente vna piedra reluziente, y que echa de si Rayos, cubierta con vn parpado, y resplandece tanto, que quando de noche sale a pacer, leuanta su parpado, y queda relumbrando la piedra, y el animal vee el camino por donde a de caminar, y acabando de pacer, echa su parpado, y cortina, escondiendo la preciosa hacha, de que el Criador le enriquecio. Desta manera se vuo Christo en esta tranfiguracion, que siendo dotado de la mas rica piedra preciosa, de gloriosa vision de la Diuina essencia, por la vunion que su alma tenia con el verbo, de la qual manauan resplandores de gloria, de vnigenito Hijo de Dios, la incubrio con el velo y cortina de su humanidad, todo el tiempo que viuio [...].⁸¹ (III, IIII, I).

Con este par de ejemplos pareciere configurarse una alegoría tópica, pero la conjunción en la analogía se ha mostrado circunstancial y casuística. La imagen, no sin dudas sobre su veracidad, se circumscribe a la criatura solitaria y sus hábitos nocturnos; el vínculo figural entre el párpado y el velo humano de la divinidad de Cristo concuerda con el hieroglifo de González de Eslava. Además, Rebello parece corroborar la supuesta procedencia transatlántica del “carbunclo”, pues, según lo ya visto, se habría referido a las Indias occidentales.

Cabe, a pesar de todo, cierta incertidumbre geográfica. La permite al menos el comentario del jesuita portugués Cosme Magalhães:

⁸¹ Juan Rebello, *Vida, y corona de Christo nuestro Salvador*, Lisboa, Francisco de Lyra, 1610, fol. 170v a-b.

Iam carbunculus gemma est igniti carbonis speciem referens; lucet in fronte animalis, quod apud Indos & Garamantas vix inuenitur. Ea nánque solertia est, vt cùm noctu venatores ducti luce flammas imitantis pyropi, propiùs accedunt; operculo super inducto illorum ludificetur conatus. Narrauit, me audiente, Fulgentius Frerius, vir rerum, quæ apud Indos & Æthiopas geruntur, scientissimus, quíque antequam societatem nostram ingrederetur, Regis Lusitaniæ auspiciis, in Æthiopiam venerat, se huius rei testem esse oculatum. Indicat hæc frontis gemma, illam demum probam esse, quæ ne pudor matronalis ab insidiatoribus polluatur, quicquid pretij habet, occultat”.⁸² (*Epistola B. Pauli Apostoli ad Titum II, II, IV, VIII*).

Si la representación es trivial, no lo es su procedencia. El caso merece atención por replicar circunstancialmente la probable fuente fabulística del “carbunclo” que, según lo dicho, contó con un relator original, el padre Juan de Aréizaga, y un transcriptor, el cronista de indias Gonzalo Fernández de Oviedo. En este caso, los actores son un entonces muy joven Cosme Magalhães que escucha con asombro verosímil las historias de la vida aventurera del experimentado jesuita Fulgencio Freire (misionero en Goa y en Etiopía en 1555, herido y capturado en su segundo viaje a ésta en 1560 por los turcos y cautivo en el Cairo, muerto en 1571 en viaje de vuelta a la India). Décadas más tarde, Magalhães recuerda la anécdota para ilustrar las reflexiones edificantes de las que se ocupa (la castidad de las matronas). Es inútil dudar sobre la veracidad o la memoria del narrador original o su

⁸² Cosmas Magalianus (Cosme Magalhães), *Operis hierarchici, sive, De ecclesiastico principatu, liber III*, Lyon, Horatius Cardon, 1609, pág. 160.

difusor escrito. Pero si el recuerdo y la transcripción son fieles, permite atribuir a esta fuente oral la prelación en el tiempo por lo que toca al ardid del “carbunclo” para burlar a sus cazadores. Sea como fuere, testimoniaría la expansión transcontinental de la leyenda, al tiempo que limita el foco de irradiación de sus variantes a la península ibérica y la fértil imaginación de algunos de sus viajeros. Y si las ficciones americanas contaban con la ventaja de la total novedad, la de Freire en cambio podía afirmar su propia ligazón con las fuentes antiguas, pues, según lo visto, tanto a la piedra como al dragón se les había atribuido un origen etíopico o indio⁸³ (a la India se adjudica la piedra sacada de la cabeza de otro animal, como antídoto de venenos, referida también por exploradores portugueses).⁸⁴ Que la especie

⁸³ Sobre el *carbunculus*. Plinio, *Naturalis historia* V, v, 34-35; XXXVII, xxi, 80; *vid.* XXXVII, xxv, 92. “Las etiopias son dos. la vna es oriental y la otra occidental y ambas passan dela equinocial ala parte del austro. En la occidental dizan que ay Carbuncos”. Martín Fernández de Enciso, *Suma de geographía*, Sevilla, Jacobo Cromberger, 1519, sig. e_{viii}v.

⁸⁴ Aparece sin nombrarla como un presente del rey de Cochim al rey dom Manuel de Portugal: “h[□]a pedra tamanha como h[□]a auelaã, muyto proueitosa cõtra a peçonha que se acha na cabeça de hua alimaria a que na Índia chamão bugoldaf” (I, XLVI). Fernão Lopes de Castanheda, *História do descobrimento e conquista da Índia pelos portugueses*, vol. I, ed. Manuel Lopes de Almeida, Porto, Lello & Irmão, 1979, págs. 101-102. Se identifica con la piedra *bezhaar*, *bezár*, *bezhaar*, o bien *paxar*, largamente descrita desde tratados médicos árabes; corresponde a lo registrado por Scaliger: “In eadem prouincia [sin regno Deli] lapis, qui Paxar dicitur, mollis, fusci coloris, amygdali magnitudine. Is in capite cuiusdam animalis inuenitur. Certa utilitate ad omnia uenena apud incolas habetur in prima commendatione” (CLIII, 7). Julius Caesar Scaliger 1557, fol. 213r. Hay múltiples versiones, también americanas, sobre ella: Herrera y Tordesillas 1615, 123-124 (V, III, IX). Recuérdese otro verso de Góngora: “estas piedras que dio un enfermo a un sano” (soneto 16 [“Corona de Ayamonte, honor del día...”], 2; *Sonetos completos*, ed. Biruté Cipljauskaité, Madrid, Castalia, 1969, pág. 72), que Salcedo Coronel sugirió identificar con la piedra *beazaar*: García de Salcedo Coronel, *Obras de don Luis de Góngora. Comentadas*, vol. II, Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1644, págs. 84-86. El *pyropus* y la piedra *bezhaar* aparecen reunidos en la diadema del *rex* alquímico: Michael Maier, *Atalanta fugiens, hoc est, Emblemata nova de secretis naturae chymica*, Oppenheim, Johannes Theodorus de Bry, 1618, pág. 135 (XXXI).

fuerá endémica de África, aun de sus prolongaciones insulares, cabrá deducirlo de otro apunte (sin autor ni fecha) de la misión jesuita en Cabo Verde, que lo presenta como propio de las creencias locales: “I neri dicono, che la notte vedono vn’animale molto risplendente, il quale forse è quello, che chiamiamo carbonchio”.⁸⁵

Pero la ubicua fantasía desdeña fronteras, según corrobora otra mención eclesiástica, una de las más singulares. Es de un agustino toledano, Juan González de Critana (nacido *ca.* 1555), quien utiliza a la piedra *carbunculus* (por su resistencia al fuego)⁸⁶ para representar por semejanza la divinidad impasible de Cristo; como anécdota aneja, el autor introduce un apunte personal sobre la criatura que la porta:

Sicut carbunculus qui gemma est, igniti carbonis similitudinem referens (quem ego à longe in fronte ipsius animalis illum gerentis, propter sui fulgoris magnitudinem ad Ripam fluminis Toletani, in parte ciuitatis, dum medium silentium teneret obscurissima nox, ex quadam fenestra hisce oculis vidi, de cuius aspectu non parum miratus fui.) de cuius natura *lib. 37 cap. 7.* asserit Plinius quod ignem non sentit. Vnde si vnitum annulo plumbeo in ignem coniicias, videbis plumbum liquefieri lapidem verò manere integrum: ita Christus passus est in carne, à passionis igne illæsa

⁸⁵ *Raguagli d’alcune missioni fatte dalli padri della Compagnia di Giesù nell’Indie Orientali, cioè nelle provincie di Goa, e Coccinno, e nell’Africa in Capo Verde*, Roma, Bartolomeo Zannetti, 1615, págs. 49-50 (“Della Missione del Capo Verde chiamato già da gli antichi Geographi Osmarium Promontorium”).

⁸⁶ “[...] cum ipsi [carbunculi] non sentiant ignes” (Plinio, *Naturalis historia* XXXVII, xxv, 92).

manente diuinitate, vnde moriendo vt homo, & resurgendo vt Deus, destruxit mortem, & reparauit vitam. 2. *Ad Tim. I.*⁸⁷

De las noticias conocidas, ésta comparte con Barco Centenera la plena y enfática aseveración por parte del autor de haber sido testigo directo de la criatura, a la que “hace mucho” ha visto “con estos ojos” y con gran asombro desde una ventana en el silencio de una noche obscurísima. No menos llamativo es que indique como lugar de la aparición a la ribera de un río, aunque esta vez no es sudamericano, sino el Tajo en la ciudad de Toledo. No es necesario dudar de la cordura o la probidad del fraile; bastaría aplicar a su caso la explicación racionalista de Alejo Vanegas y presumir que el joven González de Critana miró un fenómeno luminoso como los fuegos de San Telmo. La repentina intrusión del “carbunclo” en la vieja geografía castellana no tiene tampoco mucho de misteriosa, si la imaginación colectiva buscaba acogerlo de tiempo atrás. Acaso, respecto de lo apuntado por el maestro Vanegas, la coincidencia toledana pudiera dar pie a nuevas especulaciones sobre las anécdotas a las que éste intentó refutar, y suponer entonces una tradición local en torno al “carbunclo”, incluso anterior a la expedición a la Especiería y base para el relato de Aréizaga. Sin haber otros documentos que avalen semejante hipótesis, es más fácil pensar que su origen es el ya referido y que a partir de él pudo difundirse en Toledo y otros lugares de la península, dando lugar a subsecuentes versiones del animal impalpable. Es posible que la adopción eclesiástica del “carbunclo”, casi naturalizado en las múltiples menciones de las obras teológicas, haya auspiciado la confianza de González

⁸⁷ Juan González de Critana, *Nov-antiqua comparationum vel similiūm Sylva*, Colonia, Ioannes Crithius, 1611, págs. 147-148.

de Critana para explicar años más tarde, de un modo que le pareció plausible, una extraña experiencia de juventud.

Con semejantes aplicaciones y con tales noticias, cabría temer que el “carbunclo” extendiese su presencia en tierras africanas, asiáticas y aun españolas y en las páginas de los tratados devotos; el cuento, sin embargo, no corrió con tal suerte. Un probable coadyuvante para ese fracaso fue el categórico dictamen del jesuita sevillano Luis Alcázar:

Hanc ad rem primò aduerto, perugatum esse vulgi nimis creduli errorem, existimantis gemmam illam, quæ appellatur carbunculus, magnum ex se fulgorem facis instar colluentis, emittere; eamque in animalis cuiusdam fronte innasci. Quod sanè merum est figmentum: peritiores enim rectè norunt eos, quos vulgò rubinos appellant, aliosque; id genus rubeos lapillos, à latinis dici carbunculos; ob similitudinem, qua prunæ calorem referunt. Id quod coopertum est apud Plinium, & apud alios autores tam græcos, quàm latinos, qui de pretiotis lapidibus accuratè scripserunt.⁸⁸ (II, III, 17, VI).

Así, el trabajoso bosquejo del “carbunclo”, conjetural obra colectiva de múltiples bocas y algunas plumas, es borrado por Alcázar en pocas líneas desde sus fundamentos. En primer término, por supuesto, la propia naturaleza fogosa y lumínica atribuida al carbúnculo es un mero error nacido de la ignorancia y credulidad del vulgo; la gema real no es otra que el rubí, a

⁸⁸ Luis Alcázar, *Vestigatio arcani sensus in Apocalypsi*, Amberes, Ioannes Keerbergius, 1614, pág. 271Db.

la que describen fidedignamente las antiguas autoridades. Cegada la fuente original del error, la invalidez de la fábula sucedánea es consecuente e inobjetable: la piedra fantástica, como tal, no existe, menos criatura alguna que la porte. Esta demolición efectiva del relato debió volverse necesaria a ojos del teólogo, probablemente porque conoció algunos de los precitados textos y la tradición oral en la que fluían y que iban tornando perniciosa costumbre aludir a ese animal precariamente fingido, para asuntos tan graves como ilustrar algunos atributos divinos de Cristo.

Según lo ya dicho, los naturalistas ni siquiera se tomaron la molestia de consignar el error para refutarlo. Una de las posibles excepciones es la del rondeño Juan Ximénez Savariego, protomédico de las galeras y a cargo del hospital de los apestados en Antequera. En su *Tratado de peste*, obra precursora de la epidemiología española, dedicó una breve mención al “carbunclo”:

[...] tengo por error lo que se dize acerca desta piedra que nace en la frente de vn animal como nutria, que anda en tierra y agua, y que tiene tanto resplandor como vna hacha encendida, o candela. Esto tengo por mentira, y creo que sera alguna piedra como lo es la smeralda, o el diamante, que como piedra resplandece naturalmente, porque yo no e visto ningun carbunco, ni a venido a mis manos, y soy ya de sessenta y quatro años.⁸⁹ (XXXV).

Ximénez Savariego combina en su apunte el testimonio crítico con el ingenuo consentimiento; no ha visto nunca, afirma, en su dilatada

⁸⁹ Juan Ximénez Savariego, *Tratado de peste*, Antequera, Claudio Bolan, 1602, fol. CLXXIIv.

experiencia una piedra como el carbunclo y rectifica su identidad mineralógica —aunque mal se compadezcan en el color— apuntando al diamante o la esmeralda (la duda sobre la piedra era válida; el notable médico Amatus Lusitanus había refutado que el carbúnculo fuera rojo, tan relumbrante como el vulgo creía o extraído del dragón, y lo identificó con la selenita, a veces fosforescente).⁹⁰ La cándida aceptación de la existencia del animal (del que, podemos estar seguros, tampoco ha sido testigo) aporta, sin embargo, un perfil por entero insólito; mientras todos los transmisores de la leyenda han desaprensivamente obviado cualquier esbozo de descripción morfológica de la criatura, el médico rondeño comunica una singular analogía: el “carbunclo” es “como nutria”. Semejante caracterización choca de modo notable con la imagen de un animal de monte y ligero en salto y carrera. Por su puesto, desmentir a Ximénez Savariego o señalarlo como un descuidado y contradictorio transmisor de noticias anteriores sería postular una vana ortodoxia. Además, la versión de un ser anfibio similar a un lutrino tiene otras ventajas imaginarias para sus recursos de fuga y remite acaso a la

⁹⁰ “Inter eos lapillos, quos diligensille Raguseus seruabat, vnum rotundum, album, lucentem, in tenebris claritatem emittentem vidimus, quem ille carbunculum verum & ex draconis capite extractum, nominabat: nam verum carbunculum gemmam, album esse, non vero rubinum rubricantem multi dictitant, veluti Morbodeus qui de lapidibus scripsit, & ante eum plures alij. Erat enim lapillus hic mirus aspectu, magnitudine vitelli oui gallinæ primiparæ, qui vt dixi albissimus erat, in tenebris ex su lucem emittens, non adeo tamen ingentem, vt cataphracti homines trecenti, coram eo illuminari possint, vt rudes putant. Cæterum, quod lapillus hic, carbunculus fit, ex draconis capite extractus, non crederem, quum magis inclinet animus, illum selenitem esse, candidum, pellucidum, minime ponderosum, in Arabia nascentem. Erat quoque lapillus alter albus, vnguis humani magnitudine, qui ex se igneas quasdam flamas emittebat, in tenebris quoque lucens, quem illem orfanum appellabat, & de eo Albertus Magnus mentionem fecit, quanquam alij adamantis quoddam genus esse contendebant: vtcunque tamen sit, ipse inter præcipuas gemmas lapillum illum collocandum esse crediderim” (V, Enarratio CXVII). Amatus Lusitanus (João Rodrigues de Castelo Branco), *In Dioscoridis Anazarbei De medica materia libros quinque, Amati Lusitani doctoris Medici Philosophi Celeberrimi enarrationes eruditissimæ*, Lyon, Balthazar Arnoletus, 1558, págs. 802-803.

posible invención original referida por Aréizaga y la ribera del río Gallegos⁹¹ y, aun, al ente avistado a la orilla del Tajo por González de Critana.

Otra breve mención en obras científicas se encuentra en el *Musaeum metallicum*, obra póstuma del célebre Ulisse Aldrovandi (1522-1605): “Demùm iuxta aliquorum sententiam, Carbunculus est lapillus nascens in fronte cuiusdam animalis, more ardantis facis de se lumen emittens. Id autem fabulosum esse Alcasarius opinatur”⁹² (IV, LXXX). La explícita fuente de la noticia y su refutación es el docto jesuita Luis Alcázar, lo que de modo inequívoco permite saber que no es un apunte original de Aldrovandi, sino una interpolación de su discípulo y editor Bartolomeo Ambrosini. Otro texto eclesiástico, del francés Étienne Molinier, vierte los argumentos de Alcázar sin mencionarlo; abonando al asunto, añade que siempre es cuento de terceros y nadie —cosa no del todo cierta— osa sostenerse como testigo.⁹³ No es necesario proseguir aquí con posteriores testimonios sobre el “carbunclo” y su descrédito.⁹⁴ De un siglo más tarde, baste volver a recordar

⁹¹ A otro mamífero acuático, el manatí, se le atribuyó también una piedra en la cabeza, no preciosa sino medicinal; *vid.* Gonzalo Fernández de Oviedo, *La historia general de las Indias*, Sevilla, [Juan Cromberger], 1535, fol. CVIb b (I, XIII, x).

⁹² Ulisse Aldrovandi, *Musaeum metallicum in libros IIII distributum*, eds. Bartolomeo Ambrosini y Marco Antonio Bernia, Bolonia, Baptista Ferronius, 1648, pág. 957.

⁹³ “L’Escarboucle comme ont écrit quelques Autheurs est vne pierre qui naist dans la teste d’vn animal, & reluit comme vn flambeau parmy les tenebres de la nuit. Mais cecy s’approche de la fable, & ressent plus vn conte du populaire qu’vne narration fondée sur la vérité de l’experience. Car il ne se trouue aucun qui oze asseurer d’auoir veu cest animal, & tous s’en reportent sur le dire d’autruy, témoignage foible qui rend la chose suspect. Et ce qu’il y a de plus certain en cecy, c’est que l’Escarboucle, & le Rubis est vne mesme pierre selon la remarque des plus experts Lapidaires, & a toutes les pierres d’éclat, & de couleur de feu, le nom d’Escarboucles”. Étienne Molinier, *Les douze fondemens de la Cité de Dieu*, Toulouse, Arnaud Colomiez, 1635, pág. 199.

⁹⁴ De su posteridad folclórica y literaria (en particular, hispanoamericana) han anotado testimonios Margarita E. Gentile, “Un relato histórico incaico y su metáfora gráfica”, *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*, 36 (2007)

la justificada irritación del padre Feijoo frente a uno de sus últimos avatares españoles, tratado al desmenuzar algunas “fábulas gacetales” (V, IV);⁹⁵ su crítica contra la publicación periódica que difundía esos engaños motivó una réplica posterior del redactor, que argumentaba limitarse a transcribir el reporte como mero “supuesto” y “noticia festiva”; la pequeña polémica tuvo una salida amistosa.⁹⁶ El relato en cuestión abunda en la tradición africana del “carbunclo”, pues se supone proveniente de Orán, recién reconquistada para España por el conde de Montemar. El desfachatado fabulador ofrecía una relación pormenorizada del suceso. El ejemplar original de la *Gaceta de Zaragoza* del dos de octubre de 1736 parece perdido; la nimia curiosidad sobre el caso puede con todo satisfacerse a través de la *Gaceta de México* del año siguiente, que lo reproduce a detalle.⁹⁷

[<http://www.ucm.es/info/especulo/numero36/relainca.html>] [Consulta: 1 de julio de 2015]; Elisângela Aparecida Zaboroski de Paula, “Entre joias e cabeças: algumas representações do carbúnculo na literatura”, *Revista Litteris*, 4 (2010) [<http://revistaliter.dominiotemporario.com/doc/entrejoiascabezas.pdf>] [Consulta: 1 de julio de 2015]; y Arellano, “Un pasaje oscuro de Góngora aclarado...” (§ 64 y ss.).

⁹⁵ Feijoo, *op. cit.*, VIII, págs. 59-62.

⁹⁶ *Vid.* Rafael Alarcón Sierra, “La prensa en el siglo XVIII. El padre Feijoo y Luis de Cueto. Una polémica sobre la *Gazeta de Zaragoza*”, *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, II (1992), págs. 3-28.

⁹⁷ “Las cartas que se han recibido de Orán con fecha de 29. de Agosto del año passado de 736. refieren el suceso siguiente. Por los días 15. de este, y hasta el 22. todas las noches á cosa de las doce poco mas, ó menos se descubria una Antorcha en el nuevo camino, que se ha hecho para la Fabrica del Muelle, poco distante del Castillo de San Gregorio, y haviendo observado, que dicha luz, con corta diferencia, variaba de lugar, y que á ratos se quitaba totalmente, y á ratos se volvia á descubrir, se vino en conocimiento de que era carbunclo (que los Griegos dicen *Pyropos*) respecto de que en otras ocasiones se han visto por estas cercanias. Todos los curiosos salian á vér este hermoso resplandor á un paraje, que llaman el Cubo de San Roque, aunque bien agenos de que pudiesse llegar el caso de cogerse; pero no desauciado de esto un Soldado de Infantería, llamado Andres de Ribas, natural de Ardalez en Andaluzia, que se hallaba destacado en el dicho Castillo de San Gregorio, se resolvio á quedarse fuera, y ponerse en una cuevecilla, de muchas que hai en aquel

El año de 1613, fecha de la redacción inicial de la *Soledad* primera, establece en rigor el *terminus ante quem* para una indagación histórica del “carbunclo” y los antecedentes inmediatos del pasaje gongorino que lo involucra. Pero es oportuno incluir, como ejemplo temporalmente muy

paraje, para vér si podia lograr tan hermosa como rica presa. Sucedió, pues, que haviendo estado apostado hasta cerca de las doze de la noche, vió que de la misma cuevecilla por su lado derecho salia el animalejo, y fue tanto el desalumbramiento que le causó al Soldado, que quedó casi ciego; pero dixo, que cerró los ojos, y despues de un breve rato los volvió á abrir, y vió, que el carbunclo estaba en medio de la cuevecilla con la cabeza ázia fuera, á cuyo tiempo se arrojó sobre él con todo el cuerpo, y lo assió con ambas manos, y el animalejo le mordió un dedo, aunque cosa leve, y cubriendose con su capuz le dexó á obscuras; luego le ató los pies, y manos, y lo tuvo hasta la mañana siguiente que se retiró al Castillo, y despues á la Plaza muy contento con su presa. El carbunclo es una especie de animalillo como la comadreja, con la piel muy lisa, y suave, su color de cafe obscuro, la cola corta, y poblada poco menos que la de un Esquiról, las manos, pies, y cuerpo como de comadreja, la cabeza larga, los ojos grandes, y hermosos, y entre ellos, en medio de la frente, la singular Piedra, que será como una abellana, de figura de punta de Diamante, está cubierta con un capillito, ó capuz de piel, que hermosamente le nace del cerebro, ó testuz: para verse mientras ha estado vivo, ha sido necesario levantarle el capillito por fuerza, y luego descubria las hermosas brillanze de su Piedra: esta se hizo vér por un Lapidario, que estaba desterrado aqui, el qual no se atrevió á tasarla, porque dice no avia visto iguales brillos, aún en los Diamantes de mas fondo. Al animalejo despues de dos dias fue preciso matarlo, porque no comia, y aviendole sacado la carne del pellejo, se ha quedado este con la cabeza, y en ella su excelente Piedra, la que de noche luze de tal suerte, puesta en paraje obscuro, que ilumina parte del Oriente. El Soldado decía lo quería dar al Marqués de Teba, de quien es Vasallo, y que esperaba le destinaria caudal para vivir descansadamente, que es quanto él deseaba: como esta Alhaja es de tanto valor, nadie le ha prometido por ello precio alguno; no obstante se decía, que el Consul de Francia que reside aquí por debajo de cuerda le embió á decir si quería trescientos Doblones de á ocho por ella. Esta novedad es cierta, y tiene tantos Testigos, como Individuos esta Guarnicion” (*Gazeta de México*, núm. 118, “Desde primero, hasta fines de Septiembre de 1737”). *Gacetas de México. Castorena y Ursúa (1722)-Sahagún de Arévalo (1728 a 1742)*, vol. III: 1737 a 1742, intr. Francisco González de Cossío, México, Secretaría de Educación Pública, 1950, págs. 61-62. Es notorio que el urdidor del cuento conocía la tradición a propósito para circunstanciar la caza imposible. El padre Feijoo, distraído respecto de los detalles de la patraña, escribe en su texto que el “carbunclo” es un “ave” (el animal de Orán semejaba una comadreja con cola menor a la de un “esquirol” [*cat.*, = “esquito”, *i.e.* “ardilla”]). *Cfr. Feijoo, op. cit.*, VIII, pág. 59.

próximo (indicado ya por Carreira),⁹⁸ unas octavas de la épica burlesca *La mosquea*, imitación juvenil de la obra homónima de Folengo realizada por el seguntino José de Villaviciosa; propicia la mención su similar estatus respecto de la luciérnaga como iluminadores nocturnos:

Del Carbunclo se dize, y cosa es cierta
 (Marauilla notable en tal viuiente)
 Que tiene vn ojo solo con su puerta
 En medio del espacio de su frente
 Si esta de noche se descubre abierta
 Hecha vna luz de si resplandeciente
 Tan clara, tan hermosa, y rutilante
 Que suele prestar luz al caminante.
 Mas si acaso a su vista hermosa, y clara
 El codicioso de vsurparla llega
 En aquel mismo punto (astucia rara)
 La luz que dava prestamente niega:
 Hecha sobre la vista el antipara,
 Y el parpago vezino al otro pega,
 Y desta suerte el ojo claro tapa
 Y del ardid de quien le azechá, escapa.⁹⁹ (I)

El pasaje interesa porque *parece* armonizar bien en sus detalles con el texto correspondiente de la *Soledad* primera. Los elementos generales de la

⁹⁸ Carreira, Góngora, *Romances*, pág. 69.

⁹⁹ José de Villaviciosa, *La Moschea, poética innuentina en Octava Rima*, Cuenca, Domingo de la Iglesia, 1615, fol. 5v.

descripción son característicos: la piedra en la frente, el párpado que la cubre y la astucia que lo salva de toda acechanza; pero la gema y el párpado se han convertido además en el ojo del animal (piénsese en las piedras ígneas que, según Filóstrato, son los ojos del dragón); tal vez esta versión monocular buscaba sostener las implicadas chocarrerías en su contraste con la luciérnaga. La función añadida de que “suele prestar luz al caminante” pareciese otra broma de Villaviciosa, sin paralelo en las diferentes versiones conocidas. Leído a la luz de la tradición que el poeta paródico adopta, resulta un jocoso dislate; pues apenas es comprensible cómo el rarísimo animal tolera el matiz frequentativo para esa nueva acción que se le atribuye de convertirse en generosa lámpara de viajeros (se entiende, la multitud de los desprendidos que se encuentran con el animal sin codiciar la más preciosa de las piedras y que se conforman con ser guiados por su luz, quién sabe buscando qué, en las cumbres inaccesibles donde aquél habita). Cabría conjeturar una caprichosa o defectiva derivación de los usos eclesiásticos de la imagen, donde el “carbunclo” sirve como ayuda a los otros animales para buscar en la noche alimento y que por analogía se trasladó a la grey de los hombres y su divino pastor; luego, aquella *figura Christi* podría con toda facilidad convertirse en clara guía en la noche del mundo, como única *lux* verdadera del *homo viator*. O aun, imaginar una *inversio* que atribuye *in bono* a una luz autónoma ser nocturna guía positiva, contraria a la que se imputó a los desorientadores fuegos fatuos¹⁰⁰ (la llama errática producto de la supuesta ignición espontánea de ciertos materiales orgánicos, fenómeno semilegendario y de famosa consagración literaria goethiana) que abismaban

¹⁰⁰ Los *ignes fatui* o *ambulones* “homines perturbant, adeò ut nonnunquam adducant in præcipitia, & fluuios, aut paludes” (XIII, LXIX). Hieronymus Cardanus, *De rerum varietate libri XVII*, Basilea, Henrichus Petri, 1557, pág. 931.

a los caminantes y que John Milton usó como una *allegoria Satanae*.¹⁰¹ Que hay una potencial relación entre ambos lo muestra el dieciochesco informe de Orán y los consecuentes reproches de Feijoo: “Es naturalissimo, que entre muchos de los que ignoran el ordinario meteoro de los Fuegos errantes, ò fatuos, algunos viendo tal vez un fuego de estos, y creyendo [...] ser luz de un Carbunclo, codiciosos de tan exquisita, y preciosa piedra, se metan de noche en alcance suyo por barrancos, y precipicios, donde pierdan la vida miserablemente”.¹⁰² Aunque sea difícil expediente, dada lo que sigue en el texto, algún apólogo de Villaviciosa podría sugerir que, en una epopeya animal, el caminante al que se refiere no tiene por qué suponerse bípedo, y debiera leerse en cambio festivamente una alusión a aquella herbívora compañía del “carbunclo”, comentada ya por Cristóbal de Fonseca.

Sin ser muy copiosos, los documentos por ahora conocidos sobre el “carbunclo” permiten tener una idea suficiente del estado de la cuestión hacia el año de 1613. Por lo que toca a su origen y transmisión, puede afirmarse que se trata de una invención española del siglo XVI, cuyo punto temporal más remoto es ubicable en la expedición de frey García Jofre de Loaysa a las Molucas en 1526; su primer testimonio oral conocido es de 1535, en la corte de Madrid, por boca de Juan de Aréizaga; la primera

¹⁰¹ En el episodio de la caída humana, el poeta usa además la vieja asociación entre los carbúnculos y los ojos de la serpiente (Nono, *Dionysiaca* V, 174-177) junto con esa perniciosa posibilidad de los *ignes satui* en la figura de Satán, posesionado del animal (“his Head / Crested aloft, and Carbuncle his Eyes”; *Paradise Lost* IX, 499-500) y conduciendo a la perdición a Eve: “Hope elevates, and joy / Bright’ns his Crest, as when a wandring Fire, / Compact of unctuous vapor, which the Night / Condenses, and the cold invirons round, / Kindl’d through agitation to a Flame, / Which oft, they say, some evil Spirit attends / Hovering and blazing with delusive Light, / Misleads th’ amaz’d Night-wanderer from his way / To Boggs and Mires, and oft through Pond or Poole, / There swallow’d up and lost, from succour farr” (IX, 633-642). John Milton, *The Riverside Milton*, ed. Roy Flannagan, Boston / Nueva York, Houghton Mifflin Company, 1981 págs. 600 y 604.

¹⁰² Feijoo, *op. cit.* VIII, pág. 62.

referencia en un libro se debe al maestro toledano Alejo Vanegas en 1540; y la transcripción impresa del relato de Aréizaga, al cronista Gonzalo Fernández de Oviedo en 1557. A partir de otra mención tardía, de Cosme Magalhães (1609), se puede seguir su continuidad pasada la mitad del siglo con anterioridad a 1571, año de la muerte del supuesto relator Fulgencio Freire; ello corrobora tanto su principio y difusión testimonial por boca de viajeros a regiones nuevas o poco conocidas como la condición ibérica de los mismos, ámbito adonde se circunscribe su permanencia en años posteriores. También cabe deducir que su pervivencia escrita se dividió en prácticamente tres grupos textuales distintos: las crónicas de Indias, la poesía y las obras teológicas. En el primer caso, son sólo dos los textos citables (Fernández de Oviedo y Barco Centenera, con casi medio siglo de diferencia); en el segundo, hay también una línea discontinua entre dos muestras tal vez contemporáneas (*c.a.* 1570-1580?: Hurtado de Mendoza y Francisco de Fonseca) y otra de varias décadas más tarde (Villaviciosa); y el con diferencia más nutrido conjunto de la literatura religiosa, con una docena de obras detectadas (incluyendo, dada su modalidad temática, *El bosque divino* de González de Eslava). Añádanse la solitaria referencia en un autor científico, Ximénez Savariego, notoriamente distinta a las demás; y el apunte de Cobarruvias, que corrobora la noticia en su modalidad más tópica. Varios de estos textos son demasiado laterales —a veces, si se quiere, por mala fortuna en su difusión— como para haber constituido una más coherente tradición textual. Todos los testimonios coinciden en desconocer o callar la urdimbre primera del “carbunclo”, lo que corrobora una entrecortada cadena de transmisión donde, de cierto, no cabía apelar a un acreditado relato fundante (las ficciones de Aréizaga, de modo previsible, no fueron dignas de fe para los cronistas posteriores, como muestra Herrera y Tordesillas). Así, aunque hubo detalles básicos de la historia más o menos fijados ya en el poema

atribuido a Francisco de Fonseca o el coloquio de González de Eslava, puede afirmarse que sus diversas apariciones no se basan en un referente escrito común sino que se nutren sobre todo de la movediza tradición oral. Ni siquiera a partir del más abundante y análogo conjunto de los libros de teología puede trazarse, excepto en casos aislados, una línea clara de préstamos, pues se trata de aplicaciones variables según el contexto.

A partir de tan líquidas circunstancias, resulta un arriesgado ejercicio intentar una reconstrucción precisa y comprensiva de lo que se imaginaba que era el “carbunclo” en la segunda década del siglo XVII; pues todo se reduce a lo accidental y casuístico de aquello que, tal vez leído y sobre todo escuchado, pudo llegar a saber un individuo o un grupo limitado de ellos que lo comunicasen entre sí. Obviando esas dificultades, puede hacerse, no una arbitraria ficha zoológica, sino un recuento de todas sus características, desde las más comunes a las más raras: a) es un animal nocturno; b) lleva una piedra luminosa en la frente, el legendario carbúnculo o similar a él, descrita alguna vez como un espejo; c) por esta misma piedra se le denomina “carbunclo” o “carbunco”, pero varios autores evitan la designación; d) con esa piedra se ilumina a sí mismo; e) al ser una piedra enormemente preciada, atrae la codicia de los cazadores; f) se trata de un animal prácticamente inatrapable; g) su capacidad de fuga se llega a atribuir a que cubre con un párpado la gema (que puede ser también su ojo) cuando se siente amenazado o es herido, desapareciendo en la oscuridad; h) la piedra conserva su poder sólo si se le quita vivo; i) es un animal que habita en las riberas fluviales; j) es anfibio como una nutria; k) es, por el contrario, un animal de monte; l) sube a inaccesibles cumbres; m) es herbívoro; n) atrae a otros animales con su luz; ñ) enseña a éstos las hierbas comestibles y las dañosas; o) sirve de guía a los caminantes; p) es pequeño; q) es ligero y veloz en salto y carrera; r) es

endémico de Sudamérica; s) es originario de India o África (de Etiopía, o incluso Cabo Verde); t) ha sido también avistado en España (Toledo).

Todos estos elementos, vinculados, disímbolos o francamente contradictorios componen un conjunto difuso y proteico que, con buena probabilidad, supera lo que un receptor aislado de inicios del siglo XVII pudo conocer, por lo que su reunión otorga un aceptable margen de maniobra para indagaciones individuales. Con base en esos datos acumulados, puede mirarse de nuevo el pasaje correspondiente de la *Soledad* primera. Como principio, pueden destacarse las escasas coincidencias entre la varia información arriba enlistada y la que éste nos proporciona. Pues de entre esa veintena de características sólo concuerdan con el texto de Góngora tres datos innegables: (a) es un animal nocturno (“tenebroso”: 75; y su piedra misma que “carro es brillante de nocturno día”: 76); (b) lleva la gema refulgente en la cabeza a manera de una “tiara” (73); y (e) o bien (o), puesto que sólo dice que “el villano [...] / atento sigue” la piedra radiante, sin especificar el sentido de su acción (andar por un camino difícil o dar caza al “carbunclo”). De modo añadido cabría deducir (d), que se sirve de su propia luz, sobre todo según dos versos de la primera redacción:

animal si nocturno tan luciente,
que menosprecia con raçon el día [...].¹⁰³ (I, 76-77).

¹⁰³ Robert Jammes, “Un hallazgo olvidado de Antonio Rodríguez-Moñino. La primera redacción de las *Soledades*”, *Criticón*, XXVII (1984), pág. 12. Recuérdese el *Non eget sole neque luna* del Apocalipsis (XXI, 23) que relacionó con el “carbunclo” Basilio Ponce de León 1608, 226Ca.

El animal desdeña al sol porque no precisa de sus rayos, siendo luciente por sí mismo. Por otra parte, abonando a la identificación que formula, Arellano ha querido sumar una referencia cifrada al fingido párpado del que se servía para cubrir y descubrir la piedra. La hipótesis (que contribuye al cuento con las posibles intermitencias de luz de un animal parpadeante, detalle nunca antes fabulado) es imaginativa,¹⁰⁴ pero descartable. La mención anterior sobre los peligros temidos por el peregrino, que avanza “recelando”

de invidiosa bárbara arboleda
interposición, cuando
de vientos no conjuración alguna [...] (66-67)

Y que se cierra en el verso final de la misma secuencia:

o el Austro brame o la alameda cruja (83)

son detalles que valen únicamente para la acción misma del protagonista, no para el símil que sirve para explicarla. La estricta pertinencia sintáctica de éste se circunscribe a los versos 68-82; en ellos no hay alusión alguna al supuesto párpado, como tampoco la hay en la versión primitiva del poema.

¹⁰⁴ “Y si se recuerda el contexto, en el que el peregrino teme interposición de bárbara arboleda o conjuración de vientos que le oculte o apague la luz, de modo que el fulgor que le sirve de guía puede aparecer o desaparecer, se entenderá igualmente la pertinencia de la imagen del carbunclo, que con el párpado tapa o descubre, según deseé, la luz de su frente, un rasgo constante en las evocaciones del animal. La arboleda y el viento semejan un enorme párpado con el que la naturaleza puede ocultar la luz del carbunclo cuando el peregrino la sigue”. Arellano, “Un pasaje oscuro de Góngora aclarado...” (§ 85).

El aislamiento de los versos precitados es tan coherente como preciso, pues queda claro que un gran obstáculo que lo oculte o un viento fuerte que lo apague son literales y lógicos recelos de quien sigue un pequeño fuego real, no la inextinguible luminosidad de una piedra (a medias, la interposición de los árboles podría esconder la fuga hipotética del animal, pero eso desestabiliza la coherencia y validez de ambos términos coaligados).

Dos características indiscutibles del “carbunclo”, otra más cuya cualidad no se precisa del todo, y una última que es más visible en la redacción inicial no constituyen índices demasiado claros y contundentes para una identificación inequívoca; por lo tanto, hay razonable lugar para la anfibología y las dudas de los comentaristas. Valga primero tratar de precisar, cuanto sea posible, el ambiguo estatus de la acción descrita en la analogía. En tal intento, el poeta no ofrece muchos datos directos para la inferencia de su sentido; son escuetos a tal propósito los tres versos con los que abre la comparación:

cual, haciendo el villano
la fragosa montaña fácil llano
atento sigue aquella [...] (68-70).

No dice sino eso: que con gran habilidad de caminante, que allana el abrupto terreno, sigue con atención la luz prodigiosa del animal coronado. ¿Por qué o para qué la sigue? Eso jamás se explicita. Pensando en los diversos seres portadores de gemas, o centrándose en específico en el “carbunclo”, los textos conocidos anteriores a 1613 que lo permiten consentirían una única y evidente respuesta: para atraparlo, codiciando la gema fulgente. Pero el lector de la *Soledad* primera, distraído por la situación

específica del peregrino, quien ha avistado aquel posible farol que le sirve como un faro en la primera comparación náutica (57-61), o como “Norte de su aguja” en la conclusiva (82), se ve inducido a hacer una impertinente transferencia de significado, atribuyendo al animal servir de guía de semejante manera. El texto, sin embargo, no autoriza tal deducción. Lo que corresponde al segundo término implicado se limita a decir:

tal, diligente, el paso
el joven apresura,
midiendo la espesura
con igual pie que el raso,
fijo (a despecho de la niebla fría)
en el carbunclo, Norte de su guía [...] (77-82).

Es decir, el peregrino corre el camino, tanto lo llano como lo espeso, con equiparable velocidad y destreza que el villano del símil, siguiendo uno y otro con atención paralela sus respectivas luces (una fija, como el Norte, la otra animada y en movimiento); con ello, como comentaba Salcedo Coronel, “declara don Luis la diligencia, y cuidado con que se acercau el mancebo a la luz de la cabaña”.¹⁰⁵ La ansiedad y celeridad de la escena semeja en todo caso mucho menos la lógica, el tempo y la emoción de una caminata que los de una montería. Lo que en ese pasaje apremia al protagonista no es mirar la vía (que, por otra parte, no vuelve más practicable el distante destello) sino *alcanzar* el fuego que le anuncia una presencia humana en esa tierra

¹⁰⁵ Salcedo Coronel, *op. cit.*, fol. 28v.

inxplorada y de peligros desconocidos, ante el justificado temor de extraviarse al perder de vista la tenue luz o que el viento la extinga; por ello para él, en ese momento, su *meta* es tan valiosa como la piedra más preciada para el cazador fabuloso del animal que la lleva. A ese proceso y ese estado afectivo se limita la operatividad de la analogía; no a sus otras circunstancias, y menos aún a la consecución de su fin, pues el “carbunclo” o los demás portadores de la gema son casi por definición inasibles.

Por lo tanto, la lectura más pertinente del pasaje corresponde a una relación analógica entre el peregrino que busca una pequeña luz y la del fingido villano que persigue al animal en un conjeturable contexto de cacería. Debe notarse al respecto, sin embargo, que Díaz de Ribas apuntaló implícitamente en su comentario la posibilidad descartada:

Es vulgar tradicion, que ay cierto animal, que tiene enla cabeça una piedra tan resplandeciente, que de noche sirve de guia y luz al caminante. Esto tiene por autor al vulgo, y no se afiança con testimonio de autor grabe [...].¹⁰⁶

En este caso, es muy dudoso que el notable anotador apunte, con total justeza, en la dirección correcta (como creyó Alatorre).¹⁰⁷ A pesar de ello, resulta de interés preguntarse a qué se refiere exactamente al hablar de ese

¹⁰⁶ Pedro Díaz de Ribas, *Annotaciones y defensas a la primera Soledad de Don Luis de Góngora*, BNM, ms. 3726, fol. 119v.

¹⁰⁷ “Aquí, creo yo, la explicación de Díaz de Rivas es más ‘completa’ que la de Alonso y Jammes: la ‘tradición apócrifa’ se refiere no solo a la piedra que cierto animal tiene en la cabeza, sino también al provecho práctico que los villanos sacan de su extraordinaria luminosidad”. Antonio Alatorre, “Notas sobre las *Soledades* (A propósito de la edición de Robert Jammes)”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XLIV: 1 (1996), pág. 81.

ser con una piedra luminosa —cuya descripción, según lo visto, puede corresponder a varias y disímbolas criaturas— que en específico “de noche sirve de guía y luz al caminante”. Que se sepa, a ninguno de los otros portadores de la piedra se le atribuyó ese contingente servicio; tampoco al “carbunclo”, con la excepción ya vista de Villaviciosa. El verso ofrece una explicación gemela al comentarista gongorino: “Que suele prestar luz al caminante”. No hay en este caso accidente sino causalidad: Díaz de Ribas debió copiar *La mosquea*, donde halló más a mano lo que creyó una glosa eficaz para el pasaje de la *Soledad* primera. Hay, por supuesto, otra solución posible pero menos probable a la coincidencia: una variante común del cuento, en ninguna otra ocasión replicada. Lo que cabe deducir de modo inequívoco de su texto, es que sin duda se refiere al “carbunclo”. El perfil que ofrece es escueto pero suficiente. Su parca actitud hacia el asunto puede obedecer, claro está, a las pocas y difusas noticias accesibles; pero revela también una actitud indolente y casi desdeñosa ante la nimia materia, que no puede sustentarse “con testimonio de autor grave”. Por eso remira a continuación noticias de prestigiosas autoridades (sobre aves que brillan en la obscuridad)¹⁰⁸ que no sirven como exposiciones directas sino datos eruditos de fenómenos parcialmente afines que de modo marginal “justifican” tan dudoso fenómeno.

Salcedo Coronel presenta un similar talante en su comentario, en el que no evitó el reproche: “Dexose lleuar don Luis del error pueril de los que dicen, que el Carbunclo lo trae cierto animal en la cabeza, y que de noche resplandece como llamas de fuego, sin que hasta oy ayamos visto este animal: por ventura dio motiuo a este sueño, hallarse en la cabeza de los Dragones

¹⁰⁸ Plinio, *Naturalis historia* X, LXVII, 132; Solino, *De mirabilibus mundi* 20, 3; san Alberto Magno, 1891, pág. 494a (*De animalium* XXIII, 68: “De Lucidiis”).

cierta piedra preciosa que se llama Dragonites”.¹⁰⁹ A buen seguro, Salcedo Coronel alude al “carbunclo”, que de cierto no confunde con el dragón, al que sensatamente indica como posible origen de ese otro “sueño” vulgar moderno, sin sustento en fuentes dignas de crédito (como sí lo era, claro está, la antigua noticia sobre la *draconitis*, mejor validada, según los criterios de una mente del Barroco, por apoyarse en severas autoridades). La indeterminación sobre el “cierto animal” en ambos comentaristas corrobora de modo paradójico su identidad, pues corresponde al modo cauteloso en el que varios autores se han referido a esa vaga criatura (“animal quoddam”: Jerónimo de Guadalupe, Alfonso Salmerón y Juan de Cartagena; “in animalis cuiusdam fronte innasci”: Luis Alcázar; “nascens in fronte cuiusdam animalis”: Aldrovandi-Borromeo). Si no abundan, de nuevo, en el tema es no sólo porque poco había para abundar en él (aunque se puede dar por sentado que alguno habría sido capaz de recoger diversas noticias orales y aun escritas sobre el “carbunclo”), sino porque claramente lo desdeñaron como una de esas “recaídas en lo popular” del gran poeta culto al que trataban de presentar con lo que ellos creían que era la más alta dignidad literaria. De esta forma, tuvieron por omisible la precaria nominación que le dio el uso, a semejanza de otros autores que tocaron el asunto y del propio silencio del poeta. Otro autor que se ha referido a esto mismo en su comentario gongorino es el antequerano anónimo: “pareciole carbunco, preciosísima piedra, dicen se cría en la frente de un animal y que la cubre con cierto sobrecejo que le dio naturaleza, descubriéndola de noche para alumbrarse, tanto es su resplandor”.¹¹⁰

¹⁰⁹ Salcedo Coronel, *op. cit.*, fol. 29r.

¹¹⁰ María José Osuna Cabezas, ed., *Góngora vindicado. Soledad primera, ilustrada y defendida*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009, pág. 197.

Estos tres textos no dan lugar a dudas: no se refieren al dragón ni a ningún otro animal, sino a un ser distinto que no es otro sino el fingido “carbunco” o “carbunclo”. A partir de tales evidencias, fuera absurdo hacer innecesario misterio y negar lo palmario: que Pedro Díaz de Ribas, el antequerano anónimo y García de Salcedo Coronel supieron el tema cuya denominación y algunas de sus circunstancias se busca aclarar, cuatro siglos después, a la ignorancia moderna. Ninguno de aquéllos explicita que se le llamara “carbunclo”, pero es casi seguro que no lo desconocían; en cualquier caso, el detalle es irrelevante, porque si se asume que lo ignoraban no hay ningún elemento en la *Soledad* primera para suponer que el conocimiento del poeta sobre la cuestión fuera más vasto (ni siquiera la piedra, como tal, es nombrada por él). No parece demasiado probable que Góngora conociera los olvidados poemas de Hurtado de Mendoza o Fonseca; mucho menos se antoja imaginarlo como ávido lector de crónicas de Indias o tratados devotos, por lo que parece probable que lo poco que llegó a saber del “carbunclo” le hubiera sido transmitido de oídas. Por todo ello, cabe afirmar que se trataba de una “noticia curiosa” sabida de modo suficiente en aquellos años, sin duda de índole esquiva y contradictoria y, sobre todo, de escaso prestigio y por tal razón preferentemente “sobreentendida”; sin poderse invocar a “graves autores” que la avalaran, poco valía la pena abundar sobre ella en un comentario serio sobre un serio poeta. Cierta voluntad prolíptica común en su decir ha promovido que el desconocimiento de lectores futuros se extraviase frente a aquellas notas certeras, lo que justifica que la ociosa curiosidad de algunos indagadores modernos deba avocarse a su dilucidación. Es probable que ellos mismos y otros autores contemporáneos hayan también remirado de manera excesiva a los “documentos legítimos” (con poco tino, como Pellicer, tornando más confusa la materia trivial), no con el intento de abundar en lo que sobrentendían, sino de acomodarle al

pasaje apoyaturas cultas que lo acreditaran. Hay factibles velos hermenéuticos que obstaculizan nuestra comprensión de esa paraliteratura; pero existe también una dificultad raigal en los versos mismos que problematiza su esclarecimiento total. La oblicua exposición de Díaz de Ribas o Salcedo Coronel expresa tácita o explícitamente su incomodidad, pero también imita la reticente actitud de Góngora. De modo contrario a la llaneza y rotundidad en los trazos burlescos de Villaviciosa, el cordobés ha optado, según su costumbre, por la elegante y sutil alusión. Ello potencia los efectos estéticos de su obra, pero con la colateral consecuencia de incrementar el desconcierto de sus lectores. Dadas las evidencias a mano, es razonable aceptar que, detrás de ese pequeño espejo analógico en el que se refleja una acción del peregrino, se encuentra la espuria tradición del “carbunclo”. Sin embargo, el poeta aporta indicios y sugerencias, no una descripción axiomática. Hasta cierto punto, la elección de elementos descriptores tan limitados (animal sombrío con una piedra fulgente seguido por un hombre) no cierra del todo la puerta a los otros animales fabulosos que se aproximan a ese modelo. En cierta medida, en el “animal tenebroso” caben los varios antecedentes del “carbunclo”, pues algunas de sus ficticias cualidades son equipolentes o fueron también utilizadas para esa distinta invención.

Una vez delineado su problema central, cabe sumar algunas breves notas sobre aspectos particulares del pasaje.

-El símil náutico antecedente (57-61). Aplicado al “farol” contemplado por el peregrino a la lejanía, no compagina con la comparación enigmática de la fúlgida piedra. Como mera curiosidad, valga recordar que al carbúnculo se le llegó a atribuir una capacidad iluminativa tal que podía

cumplir con una función semejante. Al menos a ello se atrevió la fantasía medieval: en la versión castellana del relato *Otas de Roma* (siglo XV), sirve como faro que ilumina y guía la inmensa flota griega desde el mástil de la nave del emperador Garsir de Constantinopla: “en la nave del emperador yva ençima del mástel una carbuncla que luzía tan mucho que toda la hueste alunbrava por la muy escura noche, así que todas las naves se veían tan bien commo si fuese día; otrosí se podía guardar delas rocas e del peligro dela tierra”.¹¹¹

-“Rayos —les dice— ya que no de Leda / trémulos hijos, sed de mi fortuna / término luminoso” (62-64). Los luego llamados fuegos de San Telmo, en la Antigüedad vinculados con un episodio de la expedición de los argonautas. En peligro de zozobrar por una tormenta, Orfeo invocó a los Cabiros, misteriosas divinidades de Samotracia; pronto descendieron dos estrellas y cubrieron con un resplandor a los Dioscuros, cesando la tempestad. De esta suerte se tendrían por buen augurio para las naves como epifanías de los héroes gemelos.¹¹² Su evocación por boca del peregrino armoniza con el anterior símil náutico y responde también a su condición de sobreviviente del mar; expresa el deseo de que la luz vislumbrada, aunque no son los fuegos de San Telmo, conlleve la promesa de un próximo fin

¹¹¹ Herbert L. Baird, Jr., ed., *Análisis lingüístico y filológico de Otas de Roma*, Madrid, Boletín de la Real Academia Española (Anejo XXXIII), 1976, pág. 23. Ya en la versión francesa del relato: “Une escharbocle i a la desus ou dromont / Que giete tel clarté et reluist contre mont / Que la nuit s’entrevoient les nez que entor sont: / Bien se gardent des roches que pas n’i hurteront” (XXI, 560-563). *Florence de Rome. Chanson d'aventure du premier quart du XIII^e siècle*, vol. II, ed. Axel Wallensköld, París, Firmin-Didot et Cie, 1907, págs. 23-24.

¹¹² *Hymni Homericī* XVII, 5; Eurípides, *Orestes* 1636-1637; Diodoro Sículo, *Bibliotheca Historica* IV, XLIII, 1-2; Horacio, *Carmina* I, XII, 25-32 (“puerosque Ledae”); Ovidio, *Fasti* V, 719-720; Séneca, *Naturales quaestiones* I, I, 13; Plinio, *Naturalis Historia* II, XXVII, 101; Plutarco, *De defectu oraculorum* 30, 426C (Píndaro, fr. 140c Snell-Maehler); Luciano, *Dialogi deorum* XXVI, 2; etcétera.

venturoso a la prolongación de su naufragio en tierra. La mención es además pertinente de cara a la analogía sucesiva, con el carbúnculo que resplandece en la noche, como fenómenos asociados ya en el precitado pasaje de Alejo Vanegas. Si se quiere, el modo negativo de su enunciación es válido también por ver un fuego individual (“Helena”, aunque, en tal caso, era de mal pronóstico) y no las llamas gemelas asociadas a los Dioscuros.

—“piedra, indigna tiara” (73). Como apunta Jammes: “La cabeza es indigna, no la tiara”, por ello debe leerse como una “hipálage sencilla” que se clarifica a través de las versiones anteriores: “diadema o tiara / de bien indigna frente” y “piedra, indigna tiara / de bien indigna frente”.¹¹³ Debe además asumirse que hay una implícita metonimia o sinédoque, *totum pro parte*, al nombrarse a la diadema o la tiara por la gema; pues no puede proponerse su equivalencia literal con la banda de la tiara o la tiara misma o, de modo extensivo, con una “corona”, sino que corresponde a la pedrería con la que ésta se adorna. En rigor, la hipálage “indigna” acompaña un substantivo que es una sinédoque engastada en una implícita comparación: “la piedra, [que porta una cabeza] indigna [es como el ornato central de una] tiara”. Es tópico ubicar al carbúnculo como joya principal en las más suntuosas coronas: “In corona Hadriani adamas et carbunculus, omnium pretiosissimi lapides [...]” (XLI).¹¹⁴ Había un famoso carbúnculo en la tiara

¹¹³ Jammes, Góngora, *Soledades*, pág. 212.

¹¹⁴ Leon Battista Alberti, *Apologhi*, ed. Marcello Ciccuto, Milán, Rizzoli, 1989, pág. 84. Como adorno en la frente de una bella joven en Vida: “Media micat ardens fronte pyropus” (*Christias I*, 314). Con una asociación de tintes mágicos con otro de los significados de la palabra (“postema pestilencial”): “En la cual iglesia me contó un griego que había sucedido un caso digno de admiración, y es que el emperador León Cuarto quitó del dicho templo una corona de fino oro en que había un carbunclo y la había dado el emperador Mauricio y, saliendo el dicho emperador León un día de casa con la corona, volvió con un carbunclo, postema pestilencial, de que murió rabiando. Yo me maravillé del caso y consideré el gran peligro a que se expone el emperador o príncipe cristiano que quiere parte de los tesoros y riquezas

papal de Clemente V, perdido en un accidente durante los festejos en Lyon al haber sido electo pontífice.¹¹⁵

-“si tradición apócrifa no miente” (v. 74). Salcedo Coronel tiene razón al indicar que debe leerse: “sino miente la tradicion escondida, o sin autoridad que lo propone”¹¹⁶ (es decir, según ha reafirmado Jammes, en su sentido etimológico, como “escondido”, “secreto” y, en este contexto, “de fuente desconocida”).¹¹⁷ No es por lo tanto, según creía Jáuregui, un “melindre graciosísimo”, sino una aclaración meditada y con probables matices irónicos; sirve así como prueba del cuidado de Góngora para prevenirse de los reparos ajenos estableciendo una cierta jerarquización de las fuentes en donde abreva. Esta autoconsciencia crítica marca también el manejo cauteloso del material incierto, que tiene una categoría textual distinta de otros contenidos también tradicionales y ficticios utilizados en el poema (los de la mitología grecolatina, principalmente).

-“animal tenebroso”. Hipálage simple, casi embozada por el uso; con ella se declara el ámbito nocturno de la criatura, que habita y camina *per tenebras*. Sirve a su vez como un calificativo metafórico exacto: bien aplicado para el “carbunclo”, como ser de tan difusa fisonomía y más velado que descubierto en la propia tradición apócrifa que lo refiere. También

de las iglesias [...].” Diego Galán, *Edición crítica de “Cautiverio y trabajos” de Diego Galán*, ed. Matías Barchino Pérez, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2001, pág. 188.

¹¹⁵ “[...] ledit mur surchargé tomba, & tua le Duc Iean de Bretaigne, le Roy y fut blessé, le Pape mesmes y fut foulé durement, & rué ius de son cheual, tellement quil y perdit vn riche escarboucle estant en sa couronne ou tiare, estimé ladite pierre à la valeur de six mille ducats”. Jean Lemaire de Belges, *Le traicté de la différence des Schismes & des Conciles de l’Église*, en *Les Illustrations de Gaule et singularitez de Troye*, Lyon, Jean de Tournes, 1549, pág. 34.

¹¹⁶ Salcedo Coronel, *op. cit.*, fol. 29r.

¹¹⁷ Jammes, Góngora, *Soledades*, pág. 212.

armonizaría con otros de los seres portadores de la piedra fulgente, en particular el dragón, casi proverbialmente sombrío.

-“carro es brillante de nocturno día” (v. 76). La metáfora, por supuesto, corresponde a la antigua imagen del “carro del Sol”,¹¹⁸ aplicada a la gema radiante como un pequeño sol sucedáneo que ilumina la noche. La asociación entre el astro y el carbúnculo ya ha sido poetizada. Valga un ejemplo de Petrarca; en el palacio africano de Syphax descrito a la llegada de Lelius, hay una representación astrológica de rica pedrería, en la cual:

Medio carbunculus ingens
 Equabat solare iubar largoque tenebras
 Lumine vincebat: mira virtute putares
 Hunc proprios formare dies, hunc pellere noctes
 Solis ad exemplum.¹¹⁹ (*Africa* III, 101-105).

El rubí y el carbúnculo se asocian ornamentalmente con el Sol, como muestran también unas líneas en el libro de caballerías a lo divino de Hernández de Villaumbrales.¹²⁰ Su luminosidad lo vincula con el astro,¹²¹

¹¹⁸ *Hymni Homerici* XXVIII, 13-14, XXXI, 14-16; Píndaro, *Olympia* VII, 70-71; Sófocles, *Ajax* 845-847; Eurípides, *Ion* 82-83, *Electra* 464-466, *Iphigenia in Aulis* 156-19; Virgilio, *Georgicon* III, 357-359; Ovidio, *Metamorphoses* II, 47 y ss.; Estacio, *Thebaïs* III, 407-414; Prudencio, *Contra Symmachum* I, 344-353; Nono, *Dionysiaca* XXXVIII, 114-119; etcétera.

¹¹⁹ Francesco Petrarca, *L'Africa*, ed. Nicola Festa, Florencia, G. C. Sansoni, 1926, pág. 55.

¹²⁰ “[...] todo lo alto de la sala era hecho a manera de vn azul y concabo cielo: lleno de doradas y resplandescientes estrellas ala vna parte deste estraño y gran cielo estaua figurado el Sol hermoseado de muchos rubies y algunos carbuncos: conlos quales lançaua de si tanta claridad/ que bastaua para alumbrar y aclarar toda la sala”

coincidencia tópica en textos astrológicos españoles.¹²² Al carro del Sol se le atribuían el oro y piedras preciosas;¹²³ Shakespeare le adjudicó el carbúnculo:

Cleopatra: [...] I'll give thee, friend,
An armour all of gold. It was a king's.

Antony. He has deserved it, were it carbuncled
Like holy Phoebus' car.¹²⁴ (*Antony and Cleopatra* IV,
IX, 26-29).

-“fijo (a despecho de la niebla fría) / en el carbunclo” (vv. 81-82). El peregrino vislumbra y sigue, claro está, no una piedra sino una llama, que designa a través de la palabra “carbunclo”. Aunque el poeta emplea la forma vulgar reducida (que Caramuel pone como ejemplo de síncopa, con empleos

(XXVII). Pedro Hernández de Villaumbrales, *Cavallero del Sol. Libro intitulado Peregrinación de la vida del hombre puesta en batalla debaxo de los trabajos que sufrió el cavallero del Sol, en defensa de la Razón*, Medina del Campo, Guillermo de Millis, 1552, fol. XXVIIIr a.

¹²¹ “Y del mismo Sol le viene a la piedra *carbúncol*, resplandecer en las tinieblas y aprovechar contra las ponzoñas” (II, XL). Pedro Mexía, *Silva de varia lección*, ed. Isaías Lerner, Madrid, Castalia, 2003, pág. 510.

¹²² Sobre el Sol: “Tiene dominio [...] En los metales sobre el Oro, en las piedras preciosas sobre el Carbunclo, rubies, y elitropia e jacintos”. Hierónimo de Chaves, *Chronographía o reportorio de tiempos, el más copioso y preciso, que hasta ahora ha salido a luz*, Sevilla, Fernando Díaz, 1584, fol. 103v. “De las piedras tiene las resplandecientes, carbunculo, rubi, granate [...].” Rodrigo Zamorano, *Cronología y reportorio de la razón de los tiempos. El más copioso que hasta oí se a visto*, Sevilla, Rodrigo de Cabrera, 1594, fol. 54r.

¹²³ “Crisólitos” en Ovidio, *Metamorphoses* II, 107-110.

¹²⁴ Shakespeare, *The Complete Works*, 1027a. También Giacomo: “[...] this ring— / And would so had it been a carbuncle / Of Phoebus' wheel, and might so safely had it / Been all the worth of 's car” (*Cymbeline* V, VI, 188-191). *Ibidem*, 1162a.

de “carbunclo” y “carbunco” en poemas gongorinos)¹²⁵ aplica el valor etimológico en su uso latino literal.¹²⁶ *Carbunculus* es por supuesto un diminutivo y su significado es “paruuus carbo”,¹²⁷ “pequeño carbón” incandescente. Es decir, Góngora usa aquí “carbunclo” como un latinismo semántico. Con ingenio, ha invertido la asociación significativa, de la piedra preciosa llamada *ad modum carbonis ardantis*, al propio fuego nombrado *ad modum gemmae*. Por medio de esta agudeza, elude la nominación de la piedra sin dejar de aludirla. A la vez, centra de nuevo la mirada en el fenómeno descrito y atendido por el peregrino en su afanosa búsqueda. Arellano pondera “la justeza de la semejanza establecida, pues la hoguera no es sino un cúmulo de brasas o ‘carbunclos’”.¹²⁸ Es posible; pero la relación se funda de un modo más llano, deducible por el contexto. Lo que el joven ha avistado en la oscuridad es el “vacilante / breve esplendor de mal distinta lumbre” y que parece ser “farol de una cabaña” (57-59), es decir, el mínimo brillo de una pequeña combustión, frágil a la fuerza del viento. Con humor, el poeta nos hace saber seguidamente ese error de percepción, pues no se

¹²⁵ Juan Caramuel, *Primus calamus, Tomus II. Ob oculos exhibens Rhythmicam*, Campania, Officina Episcopalis, 1668, 2^a ed., pág. 34a (I, v: “De Syncopa”). Los ejemplos que cita (“Carbunclo” / “carbuncos” en sus versiones): “invidioso aun antes que vencido, / carbunclo ya en los cielos engastado / en bordadura pretendiò tan bella / poco rubí ser más que mucha estrella” (“Era la noche, en vez del manto oscuro...”, 407, 53-56; Luis de Góngora, *Obras completas*, eds. Juan Millé y Giménez e Isabel Millé y Giménez, Madrid, Aguilar, 1967, 6^a ed., pág. 599); “terso marfil su esplendor, / no sin modestia, interpuso / entre las ondas de un sol / y la luz de dos carbunclos” (74, 45-48; Luis de Góngora, *Romances*, vol. II, ed. Antonio Carreira, Barcelona, Quaderns Crema, 1998, pág. 367).

¹²⁶ “amburet ei misero corculum carbunculus”: Plauto, *Mostellaria* 986; “carbunculos corrogaret”: *Rhetorica ad Herennium* IV, vi, 9.

¹²⁷ Ambrosius Calepinus, *Dictionarium*, Reggio Emilia, Dionysius Berthochus, 1502 (*s.v. Carbunculus*). Lo registra Aldrovandi (1648, 957): “Carbunculus, apud Latinos, est nomen diminutiuum, & paruum carbonem significat”.

¹²⁸ Arellano, “Un pasaje oscuro de Góngora aclarado...” (§ 85).

trata de ningún carboncillo o conjunto de ellos, sino un árbol que sirve de generoso combustible para un gran fuego:

y la que desviada
luz poca pareció, tanta es vecina
que yace en ella la robusta encina,
mariposa en cenizas desatada. (86-89).

Así, el propio referente se transforma y “disminuye” con la magnitud verdadera de su fulgor la pálida primera luz avistada, disolviendo consecuentemente en la imaginación lectora, con la realidad descubierta y la sutil ironía del autor, las fatuas luminiscencias en el espejo falso del símil.

Seguir el accidentado rastro del “carbunclo” permite trazar la crónica de una leyenda fallida. Para ese fracaso, se han confabulado dos tendencias contradictorias activas en la mente renacentista y barroca que dificultaron su persistencia: el apego a las autoridades antiguas y la incipiente razón inquisitiva que torna deleznables los mitos. Su oblicuo asomo en la *Soledad* primera pudo significarle una consagración poética, pero lo cauteloso y ambiguo del uso gongorino ha obliterado tal posibilidad. La conciencia crítica del poeta propició su discreta estrategia, que revela ser la más adecuada para la digresiva y accidental función de significado que tiene en ese contexto (un símil que ilustra en realidad la percepción parcialmente errada del protagonista). A pesar de las implícitas contrariedades, y por encima de los prejuicios cultos de sus contemporáneos, su inclusión no es caprichosa o fortuita. Aunque descreía de la anécdota, el poeta debió de

juzgarla oportuna y reveladora para explicar la situación específica del peregrino y transmitirnos a través de ella un eficaz suspenso en la afanosa búsqueda en un entorno de incertidumbre. Por esta vía indirecta, es capaz de introducir algunos matices sugestivos para los lectores más o menos enterados; se imaginase a un ser como el enigmático y temible dragón o el “carbunclo”, de las remotas tierras de India, África o América, el entorno del peregrino se insinúa con un aura posible de misterio y lejanía. Esto responde de hecho a un procedimiento más o menos sistemático en las *Soledades*, donde se recurre a alusiones mitológicas para enriquecer las posibilidades significantes de personajes y situaciones; sucede, por ejemplo, al comparar al peregrino con Ganimedes y a un cabrero con Pan y Marte.¹²⁹ Los espejos del mito permiten una transfiguración instantánea de los objetivos referentes que poetiza, permitiendo un cambio cualitativo que resulta ínsito a ellos aunque revelado a través de las semejanzas. El mundo de las *Soledades*, distante y a la vez próximo, es el de efectivas experiencias humanas insertas en la naturaleza; con los usos de la fábula y la leyenda, Góngora parece mostrarnos que éstas no son menos mágicas y significativas que lo puramente inventado por la imaginación. También, si se quiere, el pasaje del animal lóbrego y luminoso cifra un mínimo espejo de la propia poesía gongorina, que huye o deslumbra a quien imagina atraparla y se conserva inasible. Y aun en su modesta escala, de él pueden sacarse algunas lecciones esenciales, sobre cómo la realidad revela mejor su significado aliada a la fantasía, y el modo en que brilla un magistral poema, con luz propia y preciso fulgor, resguardado en sus obscuras imágenes.

¹²⁹ “el que ministrar podía la copa / a Júpiter mejor que el garzón de Ida” (I, 7-8); “Bajaba (entre sí) el joven admirando / armado a Pan, o semicarpo a Marte / en el pastor mentidos [...]” (I, 233-235). Góngora 1994, 199 y 247.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Abelardo, Pedro, *Expositio in Hexaemeron*, París, J.-P. Migne, 1855 (PL CLXXVIII, cols. 729A-784A).
- Alarcón Sierra, Rafael, “La prensa en el siglo XVIII. El padre Feijoo y Luis de Cueto. Una polémica sobre la *Gazeta de Zaragoza*”, *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, II (1992), págs. 3-28.
- Alatorre, Antonio, “Notas sobre las *Soledades* (A propósito de la edición de Robert Jammes)”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XLIV: 1 (1996), págs. 57-97.
- Alberti, Leon Battista, *Apologhi*, ed. Marcello Ciccuto, Milán, Rizzoli, 1989.
- Alberto Magno (san), *Opera Omnia*, vol. V, ed. Augustus Borgnet, París, Ludovicus Vivès, 1890.
- Alberto Magno (san), *Opera Omnia*, vol. XII, ed. Augustus Borgnet, París, Ludovicus Vivès, 1891.
- Alcázar, Luis, *Vestigatio arcani sensus in Apocalypsi*, Amberes, Ioannes Keerbergius, 1614.
- Aldrovandi, Ulisse, *Musaeum metallicum in libros IIII distributum*, eds. Bartolomeo Ambrosini y Marco Antonio Bernia, Bolonia, Baptista Ferronius, 1648.
- Alfonso X, “*Lapidario*” (Según el Manuscrito Escurialense H.I.15), ed. de Sagrario Rodríguez M. Montalvo, Madrid, Gredos, 1981.
- Amatus Lusitanus (João Rodrigues de Castelo Branco), *In Dioscoridis Anazarbei De medica materia libros quinque*, Amati Lusitani doctoris Medici

Philosophi Celeberrimi enarrationes eruditissimæ, Lyon, Balthazar Arnoletus, 1558.

Aréizaga, Juan de, “Relacion que dió Juan de Areizaga de la navegacion de la armada de Loaisa hasta desembocar el estrecho, y de los sucesos de la nao Santiago que se separó allí y aportó á Nueva-España (Arch. de Ind. en Sevilla, Leg. 6.^o de Patronato Real)”, en Martín Fernández de Navarrete, ed., *Colección de los viages y descubrimientos, que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos concernientes a la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias*, vol. V, Madrid, Imprenta Nacional, 1837, págs. 223-225.

Arellano, Ignacio, “Un pasaje oscuro de Góngora aclarado: el animal tenebroso de la *Soledad primera* (vv. 64-83)”, *Criticón*, 120-121 (2014), págs. 201-233. [Texto electrónico: <http://criticon.revues.org/901>]. [Consulta: 17 de junio de 2015].

Bacci, Andrea, *Le XII. pietre pretiose*, Roma, Bartolomeo Grassi, 1587.

Baird, Herbert L., Jr., ed., *Análisis lingüístico y filológico de Otas de Roma*, Madrid, *Boletín de la Real Academia Española* (Anejo XXXIII), 1976.

Barco Centenera, Martín del, *Argentina y conquista del Río de la Plata, con otros acaecimientos de los Reynos del Perú, Tucumán, y estado del Brasil*, Lisboa, Pedro Crasbeck, 1602.

Bayle, Constantino, *El dorado fantasma*, Madrid, Publicaciones del Consejo de la Hispanidad, 1943, 2^a ed.

Belleau, Rémy, *Les Amours et nouveaux eschanges des pierres précieuses: vertus & propriétés d'icelles*, París, Mamert Patisson, 1576.

Biblia sacra, iuxta Vulgatam clementinam, eds. Alberto Colunga y Lorenzo Turrado, Madrid, BAC, 1985.

- Borges, Jorge Luis (con Margarita Guerrero), *The Book of Imaginary Beings*, trad. y rev. Norman Thomas di Giovanni, Nueva York, E. P. Dutton & Co., 1969.
- Brígida de Suecia (santa), *Revelaciones. Lib. IV*, ed. Hans Aili, Uppsala, Svenska fornskriftsällskapet, 1992.
- Cabarcas Antequera, Hernando, *Bestiario del Nuevo Reino de Granada*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo / Colcultura, Biblioteca Nacional de Colombia, 1994.
- Calepinus, Ambrosius, *Dictionarium*, Reggio Emilia, Dionysius Berthochus, 1502.
- Caramuel, Juan, *Primus calamus, Tomus II. Ob oculos exhibens Rhythmicam*, Campania, Officina Episcopalis, 1668, 2^a ed.
- Cardanus, Hieronymus, *De rerum varietate libri XVII*, Basilea, Henrichus Petri, 1557.
- Carreira, Antonio, *Gongoremas*, Barcelona, Península, 1998.
- Cartagena, Juan de, *Homiliae catholicae in universa Christianae religionis arcana*, Madrid, Alphonsus Ciaconius, 1609.
- Castanheda, Fernão Lopes de, *História do descobrimento e conquista da Índia pelos portugueses*, vol. I, ed. Manuel Lopes de Almeida, Porto, Lello & Irmão, 1979.
- Cobarruvias Orozco, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana, o española*, Madrid, Luis Sánchez, 1611.
- Coleridge, Samuel Taylor, *The Complete Poetical Works*, vol. I, ed. Ernest Hartley Coleridge, Oxford, Clarendon, 1912.
- Corriente, Federico, *Dictionary of Arabic and Allied Loanwords: Spanish, Portuguese, Catalan, Galician and Kindred Dialects*, Leiden / Boston, Brill, 2008.

- Cortés, Gerónimo, *Libro, y tratado de los animales terrestres, y volátiles, con la historia, y propriedades dellos*, Valencia, Juan Chrysóstomo Garriz, 1615.
- Ctesias de Cnido, *Fragmenta*, en Felix Jacoby, ed., *Die Fragmente der griechischen Historiker (FGrH)*, vol. IIIC, Leiden, Brill, 1958, págs. 420-517.
- Chaves, Hierónimo de, *Chronographía o reportorio de tiempos, el más copioso y preciso, que hasta ahora ha salido a luz*, Sevilla, Fernando Díaz, 1584.
- Der deutsche "Lucidarius"*, vol. I: *Kritischer Text nach den Handschriften*, eds. Dagmar Gottschall y Georg Steer, Tübingen, Max Niemeyer, 1994.
- Deyermon, Alan, “The Bestiary Tradition in the *Orto do Esposo*”, en Martha E. Schaffer y Antonio Cortijo Ocaña, eds., *Medieval and Renaissance Spain and Portugal: Studies in Honor of Arthur L-F. Askins*, Woodbridge, Tamesis, 2006, págs. 92-103.
- Díaz de Ribas, Pedro, *Annotaciones y defensas a la primera Soledad de Don Luis de Góngora*, BNM, ms. 3726.
- Diodoro Sículo, *Bibliotheca historica*, vol. I, ed. F. Vogel, Leipzig, B. G. Teubner, 1888.
- Dolce, Lodovico, *Libri tre... ne i quali si tratta delle diuerse sorti delle Gemme, che produce la Natura*, Venecia, Giovan Battista, Marchio Sessa et Fratelli, 1565.
- Eliano, Claudio, *De natura animalium libri XVII, Varia historia, Epistolae, Fragmenta*, vol. I, ed. Rudolphus Hercher, Leipzig, B. G. Teubner, 1864.
- Encelius, Christophorus, *De re metallica*, Frankfurt am Main, Christianus Egenolphus, [1551].
- Estacio, *Thebais*, eds. Alfredus Klotz y Thomas C. Klinnert, Leipzig, B. G. Teubner, 1973.

Eurípides, *Fabulae*, III vols., ed. James Diggle, Oxford, Clarendon, 1981-1994.

Faral, Edmond, *Recherches sur les sources latines des contes et romans courtois du Moyen Âge*, París, Honoré Champion, 1913.

Feijoo, Benito Jerónimo, *Theatro crítico universal, o discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes*, vol. VIII, Madrid, Herederos de Francisco del Hierro, 1739.

Fernández de Enciso, Martín, *Suma de geographía*, Sevilla, Jacobo Cromberger, 1519.

Fernández de Oviedo, Gonzalo, *La historia general de las Indias*, Sevilla, [Juan Cromberger], 1535.

Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Libro XX. De la segunda parte de la general historia de las Indias*, Valladolid, Francisco Fernández de Córdova, 1557.

Filóstrato, Flavio, *Opera*, vol. I., ed. C. L. Kayser, Teubner, B. G. Leipzig, 1870 [Reproducción fototípica: Hildesheim, Olms, 1964].

Florence de Rome. Chanson d'aventure du premier quart du XIII^e siècle, vol. II, ed. Axel Wallensköld, París, Firmin-Didot et Cie, 1907.

Fonseca, Cristóbal de, *Tercera parte de la vida de Christo Señor nuestro, que trata de sus Paráboles*, Madrid, Imprenta Real, 1605.

Gacetas de México. Castorena y Ursúa (1722)-Sabagún de Arévalo (1728 a 1742), vol. III: 1737 a 1742, intr. Francisco González de Cossío, México, Secretaría de Educación Pública, 1950.

Galán, Diego, *Edición crítica de “Cautiverio y trabajos” de Diego Galán*, ed. Matías Barchino Pérez, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2001.

Gentile, Margarita E., “Un relato histórico incaico y su metáfora gráfica”, *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*, 36 (2007). [Texto electrónico:

- [http://www.ucm.es/info/especulo/numero36/relainca.html\].](http://www.ucm.es/info/especulo/numero36/relainca.html)
[Consulta: 1 de julio de 2015].
- Góngora, Luis de, *Antología poética*, ed. Antonio Carreira, Barcelona, Crítica, 2009.
- Góngora, Luis de, *Obras completas*, eds. Juan Millé y Giménez e Isabel Millé y Giménez, Madrid, Aguilar, 1967, 6^a ed.
- Góngora, Luis de, *Romances*, IV vols., ed. Antonio Carreira, Barcelona, Quaderns Crema, 1998.
- Góngora, Luis de, *Soledades*, ed. Robert Jammes, Castalia, Madrid, 1994.
- Góngora, Luis de, *Sonetos completos*, ed. Biruté Cipljauskaité, Madrid, Castalia, 1969.
- González de Critana, Juan, *Nov-antiqua comparationum vel similium Sylva*, Colonia, Ioannes Crithius, 1611.
- González de Eslava, Fernán, *Coloquios espirituales y sacramentales*, ed. Othón Arróniz Báez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.
- Guillaume d'Auvergne, *Opera omnia*, Venecia, Damianus Zenarus, 1591.
- Hernández de Villaumbrales, Pedro, *Cavallero del Sol. Libro intitulado Peregrinación de la vida del hombre puesta en batalla debaxo de los trabajos que sufrió el cavallero del Sol, en defensa de la Razón*, Medina del Campo, Guillermo de Millis, 1552.
- Herrera y Tordesillas, Antonio de, *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas i Tierra firme del mar océano, Década tercera*, Madrid, Imprenta Real, 1601.

Herrera y Tordesillas, Antonio de, *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra firme del mar océano, Década quinta*, Madrid, Juan de la Cuesta, 1615.

Hildegarda de Bingen (santa), *Subtilitates diversarum naturarum creaturarum*, en *Opera Omnia*, París, J.-P. Migne, 1855 (PL CXCVII, cols. 1117-1351).

Honorio de Autun, *De imagine mundi*, en *Opera omnia*, París, J. P Migne, 1854 (PL CLXXII, cols. 115B-188C).

Horacio, *Opera*, ed. D. R. Shackleton Bailey, Stuttgart, B. G. Teubner, 1985.

Hurtado de Mendoza, Diego, *Obras poéticas*, ed. William I. Knapp, Madrid, Miguel Ginesta, 1877.

Hymni Homerici, en Homero, *Opera*, ed. Thomas W. Allen, vol. V, Oxford, Clarendon, 1912, págs. 1-92.

Isidoro de Sevilla (san), *Etymologiarum sive originum libri XX*, II vols., ed. W. M. Lindsay, Oxford, Clarendon, 1991.

Jammes, Robert, “Un hallazgo olvidado de Antonio Rodríguez-Moñino. La primera redacción de las *Soledades*”, *Criticón*, XXVII (1984), págs. 5-35.

Jerónimo de Guadalupe (fray), *Commentaria in Hosseam profetam*, Zaragoza, Dominicus a Portonariis, 1581.

Jordanus Catalani de Sévérac, *Mirabilia descripta per fratrem Jordanum*, en *Recueil de voyages et de mémoires, publié par la Société de Géographie*, vol. IV, París, Arthus-Bertrand, 1839, págs. 1-68.

Justinianus (Antistius), Vincentius, *Commentaria in universam logicam*, Venecia, Franciscus Zilettus, 1582.

Lamprecht (Pfaffe), *Das Alexanderlied*, ed. Richard Eduard Ottmann, Halle a. d. S., Otto Hendel, [1899].

- Lapidaire de Socrate et Denys*, en *Les Lapidaires grecs*, eds. Robert Halleux y Jacques Schamp, París, Les Belles Lettres, 1985, págs. 166-177.
- Les Lapidaires de l'Antiquité et du Moyen Âge*, vol. II, 1: *Les Lapidaires Grecs. Texte*, ed. F. de Mély y M. Ch-Ém. Ruelle, París, Ernest Leroux, 1898.
- Le Roman de Thèbes*, ed. Aimé Petit, París, Honoré Champion, 2008.
- Lemaire de Belges, Jean, *Le traicté de la différence des Schismes & des Conciles de l'Église*, en *Les Illustrations de Gaule et singularitez de Troye*, Lyon, Jean de Tournes, 1549.
- Luciano de Samósata, *Opera*, vol. IV, ed. M. D. Macleod, Oxford, Clarendon, 1987.
- Magalianus, Cosmas (Cosme Magalhães), *Operis hierarchici, sive, De ecclesiastico principatu, liber III*, Lyon, Horatius Cardon, 1609.
- Maier, Michael, *Atalanta fugiens, hoc est, Emblemata nova de secretis naturae chymica*, Oppenheim, Johannes Theodorus de Bry, 1618.
- Marbodo de Rennes, *Marbode of Rennes' (1035-1123) De lapidibus*, ed. John M. Riddle, Wiesbaden, Franz Steiner, 1977.
- Mariscal Hay, Beatriz, “Del contexto histórico al contexto literario: observaciones sobre los *Coloquios espirituales* de Fernán González de Eslava”, en Raúl Marrero-Fente, ed., *Perspectivas trasatlánticas. Estudios coloniales hispanoamericanos*, Madrid, Verbum, 2004, págs. 93-102.
- Menéndez Pidal, Ramón, “Observaciones sobre las poesías de Francisco de Figueroa (con varias composiciones inéditas)”, *Boletín de la Real Academia Española*, II: 2 (1915), págs. 302-340.
- Mexía, Pedro, *Silva de varia lección*, ed. Isaías Lerner, Madrid, Castalia, 2003.
- Milton, John, *The Riverside Milton*, ed. Roy Flannagan, Boston / Nueva York, Houghton Mifflin Company, 1998.

- Molinier, Étienne, *Les douze fondemens de la Cité de Dieu*, Toulouse, Arnaud Colomiez, 1635.
- Morales, Gaspar de, *Libro de las virtudes y propiedades maravillosas de las piedras preciosas*, Madrid, Luis Sánchez, 1605.
- Nono de Panópolis, *Les Dionysiaques*, XIX vols., eds. Francis Vian *et al.*, París, Les Belles Lettres, 1976-2006.
- Osuna Cabezas, María José, ed., *Góngora vindicado. Soledad primera, ilustrada y defendida*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009.
- Ovidio, *Fastorum libri sex*, ed. E. H. Alton, D. E. W. Wormell y E. Courtney, Stuttgart / Leipzig, B. G. Teubner, 1997.
- Ovidio, *Metamorphoses*, ed. W. S. Anderson, Leipzig, B. G. Teubner, 1981.
- Paula, Elisângela Aparecida Zaboroski de, “Entre joias e cabeças: algumas representações do carbúnculo na literatura”, *Revista Litteris*, 4 (2010).
[Texto electrónico:
<http://revistaliter.dominiotemporario.com/doc/entrejoiascabeças.pdf>. [Consulta: 1 de julio de 2015].
- Pérez de Moya, Juan, *Tratado de cosas de Astronomía, y Cosmographía, y Philosophía Natural*, Alcalá, Juan Gracián, 1573.
- Petrarca, Francesco, *L’Africa*, ed. Nicola Festa, Florencia, G. C. Sansoni, 1926.
- Philippe de Thaon (atrib.), *Lapidaire alphabétique*, en Paul Studer y Joan Evans, eds., *Anglo-Norman Lapidaries*, París, Édouard Champion, 1924, págs. 204-259.
- Píndaro, *Carmina, cum fragmentis*, vol. I, ed. Bruno Snell-Hervicus Machler, Leipzig, B. G. Teubner, 1971.
- Plauto, *Comoediae*, vol. II, ed. Fridericus Leo, Berlín, Weidmann, 1896.

- Plinio (el Mayor), *Naturalis historia*, VI vols., eds. Ludwig von Ian y Carolus Mayhoff, Stuttgart, B. G. Teubner, 1967-1970.
- Plutarco, *De defectu oraculorum*, en *Moralia*, vol. III, ed. W. R. Paton, M. Pohlenz y W. Sieveking, Leipzig, B. G. Teubner, 1972, págs. 59-122.
- Ponce de León, Basilio, *Primera parte de discursos para todos los Evangelios de la Quaresma*, Salamanca, Diego de Cussio, 1608.
- Posidipo de Pela, *Epigrammi (P. Mil. Vogl. VIII 309)*, eds. Guido Bastianini y Claudio Gallazzi, colab. Colin Austin, Milán, Edizioni Universitarie di Lettere Economia Diritto, 2001.
- Prudencio, *Carmina*, ed. Mauricius P. Cunningham, Turnhout, Brepols, 1966 (CC SL CXXVI).
- Ragagli d'alcune missioni fatte dalli padri della Compagnia di Giesù nell'Indie Orientali, cioè nelle provincie di Goa, e Coccinno, e nell'Africa in Capo Verde*, Roma, Bartolomeo Zannetti, 1615.
- Rebelo, Juan, *Vida, y corona de Christo nuestro Salvador*, Lisboa, Francisco de Lyra, 1610.
- [*Rhetorica ad Herennium*], M. Tulli Ciceronis scripta quae manserunt omnia, fasc. 1: *Incerti auctoris de ratione dicendi ad C. Herennium lib. IV (M. Tulli Ciceronis ad Herennium libri VI)*, ed. Fridericus Marx, Leipzig, B. G. Teubner, 1923.
- Sahagún, (fray) Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, vol. III, ed. Ángel María Garibay K., México, Porrúa, 1969.
- Salcedo Coronel, García de, *Obras de don Luis de Góngora. Comentadas*, vol. II, Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1644.
- Salcedo Coronel, García de, *Soledades de D. Luis de Góngora. Comentadas*, Madrid, Imprenta Real, 1636.

- Salmerón, Alfonso de, *Commentarii in Evangelicam Historiam, & in Acta Apostolorum*, vol. III, Madrid, Ludovico Sánchez, 1599.
- Scaliger, Julius Caesar, *Exotericarum exercitationum liber quintus decimus, De Subtilitate ad Hieronymum Cardanum*, París, Michael Vascosanus, 1557.
- Séneca, Lucio Aneo, *Questions naturelles*. vol. I, ed. Paul Oltramare, París, Les Belles Lettres, 1929.
- Shakespeare, William, *The Complete Works (Compact Edition)*, eds. Stanley Wells y Gary Taylor, Oxford, Clarendon, 1990.
- Sófocles, *Fabulae*, ed. A. C. Pearson, Oxford, Clarendon, 1924.
- Solino, Cayo Julio, *Collectanea rerum memorabilium*, ed. Theodor Mommsen, Berlín, Weidmann, 1895.
- Spitzer, Leo, “La Soledad primera de Góngora. Notas críticas y explicativas a la nueva edición de Dámaso Alonso”, *Revista de Filología Hispánica*, II (1940), págs. 151-176 y 389.
- Valdecebro, Andrés de, *Gobierno general, moral y político hallado en las fieras y animales silvestres*, Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1658.
- Valerio Flaco, *Argonauticon libri octo*, ed. E. Courtney, Leipzig, B. G. Teubner, 1970.
- Vanegas, Alejo, *Declaración de la diferencia de libros que ay en el vniuerso*, Toledo, Juan de Ayala, 1540.
- Vega, Pedro de, *Tercera parte de la Declaración de los siete Psalmos penitenciales*, Madrid, Miguel Serrano de Vargas, 1603.
- Vélez de Arciniega, Francisco, *Historia de los animales más recibidos en el uso de Medicina*, Madrid, Imprenta Real, 1613.
- Verdesio, Gustavo, *Forgotten Conquests: Rereading New World History from the Margins*, Filadelfia, Temple UP, 2001.

- Vida, Marco Girolamo, *Christiad*, ed. James Hankins, Cambridge, Massachusetts, Harvard UP, 2009.
- Villaviciosa, José de, *La Moschea, poética inuentina en Octava Rima*, Cuenca, Domingo de la Iglesia, 1615.
- Virgilio, *Opera*, ed. R. A. B. Mynors, Oxford, Clarendon, 1969.
- Vossius, Gerardus Ioannes, *De theologia gentili, et physiologia christiana*, vol. II, Ámsterdam, Ioannes Blaeu, 1668.
- Wolfram von Eschenbach, *Parzival*, ed. Karl Lachmann, Berlin y Leipzig, Walter de Gruyter & Co., 1926 [repr. 1965], 6^a ed.
- Ximénez Savariego, Juan, *Tratado de peste*, Antequera, Claudio Bolan, 1602.
- Zamorano, Rodrigo, *Cronología y reportorio de la razón de los tiempos. El más copioso que hasta oí se a visto*, Sevilla, Rodrigo de Cabrera, 1594.

ABREVIATURAS EMPLEADAS

BNM = Biblioteca Nacional de Madrid

ca. = *circa*

cat. = catalán

CC SL = *Corpus Christianorum, Series Latina*

cfr. = *confer*

colab. = colaborador

col., cols. = columna(s)

coord. = coordinador

ed., eds. = editor(es)

FGrH = *Die Fragmente der griechischen Historiker* (ed. F. Jacoby)

fol., fols. = folio(s)

i.e. = *id est*

ms., M = manuscrito

n., nn. = nota(s)

núm. = número

pág., págs. = página(s)

PL = *Patrologia Latina*

pról. = prólogo

r. = recto

repr. = reproducción

rev. = revisor

sig. = firma

ss. = siguientes

s.v. = *sub voce*

trad. = traductor

UP = University Press

v. = vuelto

vid. = *vide*

vol., vols. = volumen, volúmenes